BIBLIOTECA

DE

LA PROPAGANDA LITERARIA.

SEMBLANZAS

CONTEMPORÁNEAS,

POR

EMILIO CASTELAR.

———•———

HABANA.

Estab ecimiento tipográfico de La Propaganda Literaria,

CALLE DE O'REILLY, NUM. 54.

—1872.—



E. OLLIVIER.

PROPAGANDA LITERARIA

EMILIO OLLIVIER.

Emilio Ollivier.

Hé aquí uno de los grandes renegados de la libertad. Hé aquí uno de esos hombres, á quienes la ausencia de ideas ha extraviado más tristemente en los confusos senderos de la vida. El sentido comun trata las apostasías como las apostasías se merecen, ya con horror, ya con desprecio, segun es su magnitud y segun sus consecuencias.

Pero el sentido comun ya conviene en llamar apostasías principalmente al abandono de las doctrinas progresivas. Constantino abandonó el paganismo por el cristianismo: nadie le llamará apóstata. Pero Juliano abandonó el cristianismo por el paganismo, y apóstata le llamaron todas las generaciones.

plegadas, cruzadas siempre, se habian cogido al velo del santuario como el niño lloroso y asustado al traje de su madre. El no quería ver otra luz que la luz de las lámparas, ardiendo bajo las bóvedas sagradas; ni oir otra armonía que el órgano y el cántico litúrgico, llenando de fé y de esperanza los corazones místicos. Breton, criado en aquellas regiones de costas ágrias y de mares tempestuosos, el mugido de las selvas druídicas mezclado al mugido de las ondas hirvientes, le daban acentos rudos para cantar al implacable Dios del castigo y de la justicia, reclamado por el siglo de la glacial indiferencia en religion y en moral de la empedernida protervia. Todo le cautivaba en el catolicismo: la autoridad absoluta, la sumision completa, la gerarquía aristocrática, el génio tradicional é histórico, la materia sometida al espíritu, los reyes á los profetas, el mundo al Papa, que en magistratura moral y religiosa convirtió la antigua magistratura de los Césares sobre la tierra sumisa y obediente. De suerte que los tres grandes artistas de Francia: Víctor Hugo, Lamartine y Lamennais, eran napoleónico el primero, legitimista el segundo y el último ultramontano. Podia decirse que vegetacion tan exhuberante, flora tan rica, aparecía como vegetacion y flora de los sepulcros, sólo propicia á dar frutos llenos de cenizas, sobre los osarios y para los muertos.

Mas el viento del siglo penetró en aquella selva petrificada, llevándole su vida y su calor. Lamartine fué á Oriente, y tuvo, como los profetas, revelaciones

misteriosas en el desierto. Las monótonas y uniformes soledades revelaron á su génio la unidad del espíritu humano, como á Moisés y á Mahoma la unidad de Dios. Y desde el momento en que aprende el hombre la unidad del espíritu humano, aprende tambien la unidad fundamental del derecho. Así, cuando Lamartine vé dibujarse en los horizontes caldeados de Tierra Santa, la Jerusalen, que él habia querido buscar en la fé de los antiguos cruzados, llevaba ya el mordisco de la duda en el corazon, y sólo vió en la ciudad, no el templo vivo de un Dios adorado, sino el gigantesco fósil, organismo de una vida legada en herencia á otras regiones, á otros mundos, á otros organismos ya más progresivos y perfectos. Sus lábios no besaron el sepulcro del Cristo muerto de la leyenda, mecido por los cantos litúrgicos de los sacerdocios gerárquicos, sino el Cristo resucitado por el espíritu moderno, vivo en las instituciones libres, que daba ideas sociales en comunion universal á las democracias emancipadas. Y á la luz de esta transfiguracion de su génio, como si él mismo se resistiese á creerlo, cogió la pluma para maldecir la revolucion francesa, que persiguiera y dispersara su familia, buscando en los crímenes de aquella época fraguas para forjar de nuevo su antigua fé; y miéntras la voluntad le tiraba á escribir la elegía sobre los cadalsos de los sacerdotes y de los reyes, la conciencia le dictaba un cántico á los principios regeneradores, á los pueblos emancipados, á las fiestas federales, á los filósofos que presen-

tían el nuevo verbo, á los oradores que hablaban, á los legionarios que morían como los griegos de las Termópilas, á los cánticos del pueblo en que renacía la virtud creadora de la antigua oda pindárica, á los mártires de la libertad humana, encubriéndose á sus ojos los crímenes de la revolucion universal, entre los rosados vapores de las ideas, como en la tragedia antigua se pierden, se desvanecen los horrores, entre las estrofas del coro que eleva un cántico eterno de amor y de esperanza. Por estas trasformaciones, el poeta legitimista contribuyó á derribar un trono y á fundar una república; pero, sobre todo, á poner como de relieve la democracia en la conciencia de un siglo.

Iguales transformaciones sufrieron Víctor Hugo y Lamennais. Aquél, que habia contribuido á exaltar la epopeya napoleónica, por sentimientos aprendidos en la educacion primero, y despues por su guerrera grandeza, sorprendido en la cima de la tribuna y en la plenitud del génio, de la gloria, por una revolucion, llena, henchida de ideas, consagróse á ser el defensor de la República, de la libertad, de la democracia, en sus obras, y el incansable perseguidor de la restauracion imperial. Jamás la poesía flageló tan duramente el despotismo: los tiranos de Babilonia y de Nínive, los reyes idólatras, que elevaban sus efigies en los altares consagrados á los dioses, no fueron maldecidos por los antiguos profetas como el tirano de Francia por el génio más grande y más varonil que en el siglo presente ha producido Francia. Desde la ironía

hasta la invectiva, desde la sátira hasta la epopeya, desde el epígrama punzante hasta la lírica oda, todo fué empleado, con severa, implacable justicia, para perseguir al asesino de la República, atormentado por estas obras del génio, como el griego parricida por las furiosas Eumenides. El dictador lanzó sus legiones pretorianas sobre la libertad y la democraica; pero Víctor Hugo lanzó su inspiracion sobre el dictador, y le marcó severamente con el fuego de sus eternas ideas y el hierro de la sátira en el corazon y en el hígado, y en el nombre y en la conciencia. Estos inmortales versos engendraron prontamente una juventud dispuesta á jurar odio inextinguible á la tiranía. Durante todo el Imperio, los jóvenes se recitaban al oido, en las escuelas, sigilosa, pero entusiastamente, los versos del poeta; y se decían que las abejas del manto imperial, esos insectos del trabajo y de la miel, incrustados allí para adornar y enaltecer al vulgar hombre del génio y de la sangre, despertaríanse al calor de la vergüenza, y clavarían sus aguijones en el cuerpo imperial hasta devorarlo y consumirlo en el trono, como devoran y consumen el cuerpo del zángano en la colmena. Tácito y Juvenal escribieron tambien contra la corrupcion de la tiranía; pero no lograron, como Víctor Hugo, ver en tierra á los tiranos, porque ni las antiguas generaciones eran tan libres como las generaciones presentes, ni las ideas entónces tan poderosas como son hoy nuestras ideas.

Parecía que el escritor ménos destinado á cambiar

de todos los escritores, era el sacerdote Lamennais. Sus ojos se habian fijado en el polo inmóvil de la idea de Dios. Allá, por la mística luz donde su alma se bañaba, podian verse los arquetipos eternos del Universo; podia oirse la música de los mundos al girar sobre sus ejes en lo infinito, mezclada con el himno, con el hossanna de los ángeles; pero no podian verse ni los vapores, ni los remolinos de polvo que se levantaban de lcs hechos diarios; no podian oirse los huracanes que rafagueaban ruidosamente en el hervor de nuestras pasiones. Del templo al bosque, del bosque al mar, del mar á la predicacion, al trabajo de escritor, al cenáculo de los discípulos; del cenáculo de los discípulos á la muda contemplacion de la naturaleza, para recoger algo de su vida en el pensamiento y algo de su armonía en el estilo, era el sacerdote breton, como un padre de la Iglesia, entregado todo entero á pensar en las cosas eternas. ¡El! que veia los altares y los sepulcros; los templos, y tras los templos la eternidad; los cuerpos como armaduras quebradizas, las almas como fuego que sube á los cielos; la oracion como el único ejercicio digno del hombre; la inmortalidad como el único puerto al dolor y á la pena, ¿podia escuchar siquiera, y si alguna vez lo escuchaba, podia estimar en algo el rumor de nuestras cadenas y el clamoreo confuso de nuestros lamentos? Sin embargo, un dia creyó que no bastaba con adorar á Dios si no se elevaba á su pureza primitiva el santuario más digno de Dios, el espíritu del hombre, por la

libertad y por el derecho. La Roma Pontificia, que guardaba la idea de la autoridad de arriba, de la obediencia de abajo, del culto material y externo al Dios vinculado en los símbolos de una teocracia medio asiática, lanzó un anatema sobre el sacerdote breton, semejante al que lanzára en otros siglos sobre Lutero. Desde aquel punto, Lamennais fué el apóstol de la idea de su tiempo. Sin dejar de ser cristiano, Cristo apareció en su pensamiento hijo del artesano, esclavo de Roma, víctima de la tiranía, mártir de la igualdad, tribuno de los desheredados y de los oprimidos, enemigo de los reyes y de los poderosos, profeta del progreso, predicador sublime de la fratermidad universal, que no cabia en el estrecho recinto de una Iglesia privilegiada, histórica, sujeta á las circunstancias del tiempo, sierva de toda tiranía; Iglesia que levantaba el trono del Cesarismo degradante donde no habian osado los antiguos Césares, en el centro del infinito espíritu humano, corrompido y degradado en la abyeccion de una servidumbre que ahogaba hasta la conciencia.

Y estos tres hombres habian nacido para obrar por el arte en el sentimiento. Y cada cual tocó alguna de esas vibrantes cuerdas que hay en el arpa sonora del corazon humano. Y el sentimiento sonó como habia sonado en el siglo anterior al soplo de la elocuencia de Rousseau. Y esa aspiracion vaga, que crea los héroes y los mártires, fué apoderándose de toda una generacion, que al cabo concluyó por enamorarse de la libertad.

¿Fué presentimiento de su segura conversion? ¿Revelaba en su carácter y en su lenguaje ser de la madera de que salen los chambelanes, y no de la madera de que salen los republicanos? Bien podia este acertado juicio esperarse de aquellos esbirros corsos, que parecian séres invisibles, segun lo veian todo sin ser vistos.

Vino un dia en que el partido republicano pudo repartir actas de diputados, y con las actas nombradía, y con la nombradía pensiones de quince mil francos, pensiones de las que reclamaba interiormente Ollivier, como una deuda justa, á la prensa de Marsella. Y entónces su idea se inflamó, aceróse fuertemente su ánimo, y reclamó de los electores, en atencion á los méritos de su padre y á sus propios servicios, una plaza de diputado por París. Concediéronsela los electores, y ocupó Ollivier un lugar al lado de Julio Favre, apareciendo como su segundo, y revelándose ménos elocuente, pero tambien ménos acerbo, y más erudito, y más diserto que su jefe, arrebatado algunas veces por el estro de una verdadera elocuencia á ímpetus sublimes y pasajeros, que luego se compensaban con gran desórden de ideas, y algunas veces con grandes incorrecciones de frases, defectos propios á un talento privilegiado, y de los cuales preservaba á Emilio Ollivier la propia mediocridad. Pero no debemos desconocer que sostuvo con grande asiduidad, y á veces con grande elocuencia, su cargo de diputado.

La corte de Napoleon se dividía en dos partidos,— uno reaccionario, otro liberal. Así es el absolutismo. Ahoga las oposiciones fecundas del pensamiento, de la palabra, y aviva las estériles oposiciones de la antecámara, del serrallo. Al frente del partido liberal se encontraban dos hombres, el Conde Morny, que presidía el Congreso de diputados imperiales, ó el Príncipe Napoleon, que presidía otro Congreso de literatos racionalistas, allá en sus salones del Palais-Royal. Era el Conde insinuante por su habilidad y su talento; persuasivo el Príncipe por su posicion y su palabra. Ambos acariciaban la idea de reconciliar el Imperio con la libertad. Ambos creian que para este fin necesitaban perentoriamente un cómplice. Ambos se propusieron que este cómplice saliese de la diminuta minoría republicana. Y ambos fijaron su atencion sobre Emilio Ollivier, porque ambos le creian accesible á las seducciones de la fortuna y del poder.

Emilio Ollivier procedió en esta ocasion con verdadera indignidad. Un diputado es el representante de las ideas de sus electores. Y si cambia de ideas, un diputado debe declinar su mandato. Dos veces fué elegido Emilio Ollivier para la Cámara popular. En el paso de la primera á la segunda diputacion que desempeñara, ya vacilaba, y no mostró sus vacilaciones. Y ya diputado, con la autoridad recibida de los electores, consumó aquella conversion súbita al Imperio, que jamás le perdonará, en mi sentir, su propia conciencia. Desde este momento, la personalidad de Emi-

lio Ollivier se liga estrecha, estrechísimamente con la vida del Imperio francés en los últimos cinco años de su azarosa existencia, y sobre todo, con los sucesos, con la guerra continental de Alemania, y con la libertad parlamentaria de Francia.

Estudiando estos hechos, estudiamos al mismo tiempo todo el desarrollo del carácter, de la vida, de la inteligencia de Emilio Ollivier, que tanta y tan funesta influencia tuviera en todos ellos.

Corría el mes de mayo de 1867. El tratado de Lóndres acababa de apaciguar por un momento los temores de la guerra que amenazaba á Europa, y de remitir á otros tiempos más lejanos el inevitable conflicto que debia ensangrentar las celestes aguas del poético Rhin, cuya posesion será tan disputada en la historia moderna, como en la época fabulosa fué la fatal manzana de los dioses. Francia y Alemania del Norte representan en la complicadísima vida moderna el mismo papel; y sin embargo, Francia y Alemania iban á desgarrarse sobre los campos de batalla, más como dos gladiadores rivales, por mostrar su pujanza, que como dos pueblos civilizados, por servir una idea. En vano se habian hecho toda clase de sacrificios por la paz; en vano se habia neutralizado el Luxemburgo, como Suiza y Bélgica; en vano Francia habia dimitido toda pretension territorial; en vano Prusia habia dado solemne palabra de abandonar la fortaleza en litigio y demolerla; el ave de rapiña que se llama la guerra, extendía sus alas sobre la cabeza de los

pueblos; se empeñaba en devorarlos, anunciándoselo así, como el cuervo, avisado por su olfato, acude á la carnicería de un campo de batalla, acompañando hambriento los ejércitos destinados á la muerte. No podía darse situacion tan confusa como la situacion del espíritu público, de la opinion pública en Francia. El más atento á las transformaciones sociales, el más experto en comprender sus corrientes, se quedaba sin guia y sin norte, como el primer navegante que atravesó la línea equinoccial, cuando veía espantado las oscilaciones de la brújula. Yo he dicho, yo he sostenido cuantas veces se me ha presentado ocasion de tratar estos gravísimos accidentes de la política europea, que la guerra con Alemania no era popular en Francia. Como el pueblo francés ha sido siempre un pueblo tan pronto al entusiasmo, tan orador, tan fácil para pasar de la palabra á la accion, yo he creido que una guerra popular debia anunciarse con aquel grande entusiasmo con que se anunciaron las guerras de mil setecientos noventa y dos, cuando hasta los niños iban al Campo de Marte en demanda de armas para defender la pátria amenazada, ó pedirse con aquel entusiasmo con que se pidió en en mil ochocientos cincuenta y nueve la guerra por Italia, cuando los trabajadores del barrio de San Antonio salieron á la plaza de la Bastilla á sembrar de flores el camino que debian llevar las legiones francesas, y á poner coronas de laurel sobre la bandera tricolor, como símbolo de la independencia de los pueblos. Yo no podia creer

que Francia, á pesar de su carácter expansivo y humanitario, fuese ménos celosa de su seguridad propia que de la seguridad, por ejemplo, de Polonia. Y recuerdo que no hace muchos años los franceses hablaron con tal elocuencia, con tal calor, con tal empeño de la resurreccion de esta nacionalidad mártir, que sus palabras pasaron, como un aliento de fuego, sobre aquellos desolados campos, y reanimaron los huesos de sus mártires, de aquellos ilustres y llorados mártires, que parecian volver desde el sepulcro á pelear nuevamente por la pátria vencida, y á ser nuevamente inmolados en las sangrientas aras de un hado implacable. Pues si la palabra del pueblo francés tiene tal fuerza que puede despertar hasta un pueblo encerrado en un sepulcro, ¿cómo no la oíamos cuando en esa palabra debia latir su propio corazon? Bien es verdad que el gobierno se negó obstinadamente á una prueba propuesta por cierto publicista y que hubiera sido concluyente, decisiva. Pedíase la libertad de reunion y el derecho á todo ciudadano de pronunciar en esas reuniones su juicio sobre la paz ó la guerra. Y acaso la falta de práctica en el derecho de reunion da los mismos resultados que la falta de educacion política da en el sufragio universal. Los pueblos, como los individuos, no aman sino aquello que conocen. La inteligencia es la fragua de la vida, y en la inteligencia se forjan hasta las grandes pasiones. El pueblo francés no sabe qué resultados positivos le da le sufragio universal, tal como se halla organizado en

Francia, y desdeña inscribirse en las listas electorales; no conoce el derecho de reunion, no lo ama, y como no lo ama, no lo desea. ¡Qué diferencia de Inglaterra! Allí el pueblo sabe el precio del voto, y lo pide con grandes instancias; conoce el poder de las reuniones políticas, y las practica con una superior inteligencia. Pero hasta en los pueblos más atrasados, una opinion nacional encuentra algunas expresiones para manifestarse, para herir los oidos del mundo, aunque sea con sus ahogados suspiros. ¿Cómo calló, en el momento en que se decidia la paz ó la guerra, el pueblo francés? ¿No tenemos, pues, derecho á decir que la guerra era impopular en Francia, porque es impopular una guerra que es indiferente? Además, cuando un pueblo se siente herido en su seguridad ó en su honra; cuando vé que le amenazan poderes extraños empeñados en arrancarle su influencia política en el mundo, no mira el peligro que está en frente, ni la fuerza que tiene en sí mismo, sino que se levanta impulsado por ese instinto de conservacion, más poderoso todavía en las colectividades que en los individuos, y pide para cada uno de sus hijos, émulos todos en la propia defensa, el puesto de mayor peligro y la envidiable honra de morir los primeros por la pátria. Todos los ciudadanos han hecho lo mismo cuando han visto el país natal amenazado en su independencia, todos, desde Leonidas hasta Mina. Pues bien: la cuestion del armamento, de las quintas, del reemplazo, de la reserva coincidió en Francia con la

cuestion del Luxemburgo, y en las aldeas, en las ciudades, en todas partes se pedía, con repetidas instancias, que no se armara más la Francia, que no se exigiera nuevos sacrificios de hombres á un pais agotado por sus enormes ejércitos. ¿No indica todo esto que las guerras iban siendo impopulares en la nacion que no dudó en dar su sangre por Italia y en desafiar por Polonia todo el poder de Rusia? El pueblo no quería la guerra.

Pero á fuer de observadores, debemos decir que la paz fué acogida con una extrema frialdad, y casi casi con un grande disgusto por los centros oficiales, por la tribuna y por la prensa. El periódico oficial, cuando tuvo que dar cuenta de la sesion en que se comunicó al cuerpo Legislativo el arreglo de Lóndres, se vió forzado á omitir en el discurso del Ministro de Negocios Extranjeros todo paréntesis que anunciase alguna aprobacion, algun asentimiento. La mayoría, que en las Cámaras francesas suele ser tan gárrula, tan pródiga de admiraciones y aplausos para toda obra del gobierno, recibió la paz de Lóndres con profundísimo silencio. Algunos diputados, irreflexivos ó impacientes, quisieron romper el hielo bajo el cual callaba como petrificada la Cámara, y sus palabras se estrellaron en el silencio universal. Las frases de Mr. Monstier relativas á las "consideraciones guardadas por el gobierno francés con las justas susceptibilidades de Prusia," fueron comentadas en todas partes con una amargura y una tristeza sin ejemplo. La prensa, sin ex-

cepciones, se mostró bien desesperada. La ministerial bajó el tono de sus elogios, y la de oposicion aumentó la acerbidad de sus censuras. Periódico oficial hubo, como *Le Pays*, que aseguró haber sido aceptado con triste resignacion el arreglo de Lóndres. *La Liberté*, profundamente contristada, exclamó con amarguísima ironía: "Que vengan á nosotros los señores del mundo á descansar de sus trabajos: alberguémosles, alimentémosles, embriaguémosles, ya que no sabemos vencerlos; que vengan á Francia como iba Pericles á casa de Aspasia; ya que nosotros no sabemos ir á la casa de esos soberanos como sabia ir el General Bonaparte."—"La paz de Lóndres, decia *L'Avenir National*, no es una paz gloriosa; agrava nuestra situacion respecto al Luxemburgo, y deja en pié todo lo que la situacion creada en 1815 tenia de más amenazador y de más humillante para Francia." Hasta *Le Siecle*, el periódico entre los llamados de oposicion que más consideraciones guardára con el gobierno, exclamó: "Lo que sentimos vivamente es que los habitantes del Luxemburgo no hayan sido consultados; que la antigua política haya prevalecido en las conferencias, y no se haya obtenido ninguna aplicacion del nuevo derecho europeo."—"No creíamos, añadió *Le Journal de París*, que despues de las pruebas de amistad, quizá excesivas, quizá ciegas, que hace un año estamos dando al gobierno de Berlin, nos fuera necesario curarnos hasta de sus susceptibilidades." *Le Temps*, que tan calorosamente abrazára la cáusa de la paz, no se en-

contraba satisfecho de sus resultados: "Si la Prusia, tan mal limitada, ha encontrado su frontera, la Francia tiene ya tambien su límite: desde hoy en cada tentativa sobre el Rhin se encontrará con la Europa entera, obligada á cerrarle el camino. Tal es la leccion brutal que se desprende de los últimos sucesos. Al gobierno le toca decirnos si él mismo la ha buscado." El único diario que acaso se mostró satisfecho, fué *Le Journal des Debats* cuando dijo: "Ni unos ni otros tienen motivo, ni para cantar victoria, ni para cubrirse de ceniza; en Lóndres no ha habido vencedores ni vencidos." Pero *La France*, periódico imperialista, puso casi un correctivo á estas palabras con las siguientes: "El mundo se burla con razon de esos matones que se insultan, se provocan, y en vez de combatir, concluyen por almorzar juntos." Con estos testimonios hay sobrados motivos para creer que ni la guerra, ni la paz, han sido populares en Francia. Tal aserto parece paradógico, pero tal aserto es verdad. Hay ciertas épocas en que los pueblos se disgustan de cuanto les rodea; ciertas épocas en que, no teniendo bastante vigor para afirmar, se abrazan á la contradiccion, á un ejercicio de la actividad del espíritu, que no puede estar frio ó inmóvil como la muerte. Sin citar las épocas clásicas de los sofistas, cuando se busca la inmovilidad á todo trance, se encuentra la muerte por todo resultado. Y, parece imposible, lo primero que muere en las épocas de inmovilidad y de silencio es aquello que parece más léjos del alcance

de la muerte, es la conciencia. De puro encontrar por todas partes las victorias de la fuerza, Europa ha hecho de sus más grandes problemas, de aquellos asuntos que más tocan á su vida, juegos de palabras para divertimientos retóricos.

El asunto que traía tan profundamente conmovidos, perturbados los ánimos en toda Europa, y tan sereno al pueblo francés, era acaso uno de los más graves, de los más trascendentales asuntos que podian imaginarse, porque de su solucion dependía el porvenir de las dos naciones que marchan al frente de la civilizacion continental. Una guerra entre Italia y Austria era una guerra de ideas; era la objetivacion, digámoslo así, en el espacio de grandes contradicciones en la conciencia. Por eso, cuando estalló el año 59 tan tremenda lucha, todo el mundo sabía dónde estaba su puesto; el de los conservadores en las banderas de Austria y el de los revolucionarios en las banderas de Italia. Veíase planteado por el hierro y el fuego un problema que la conciencia pública habia ántes planteado por medio de las ideas. Pero esta guerra entre Alemania y Francia, que á pesar de tantos arreglos primero, y de tantos combates despues, subsiste amenazadora, es una guerra territorial, una guerra de preponderancia, una guerra sobre la cúal se levanta la espesa sombra del feudalismo. Triste es la guerra; pero áun se concibe que los hombres peleen y sucumban por una idea. Mas lo que no puede concebirse, lo que no puede explicarse nunca, es que los hombres

peleen y sucumban, como en los tiempos de Beltran del Bornio, por un interés, y mucho ménos por un interés territorial. Los dueños del mundo no pueden aventar á los cuatro vientos las almas, las vidas de millares de hombres por recoger del suelo un puñado de polvo. Eso podia concebirse en la Edad Media, en los tiempos de los juicios de Dios y de los territorios feudales; pero eso no puede concebirse en el siglo décimo-nono. Es una injuria á la razon humana. Si se estudia con detenimiento la historia de Francia desde que los tiempos feudales se acaban, veráse que la ley de su política interior es constituir con grande fuerza su unidad, y la ley de su política exterior es destruir la preponderancia del Imperio Austriaco en el mundo. Con este doble movimiento, Francia se apartaba rápidamente de la Edad Media, y se apartaba como se apartan los pueblos de los elementos sociales en que han vivido mucho tiempo, combatiéndolos, aniquilándolos. Por el movimiento de unidad interior Francia destruia la ley de fraccionamiento, de las soberanías aisladas, que era la ley de vida interior de la Edad Media. Así, el mayor enemigo del feudalismo es el hombre de estado que mayormente personifica la union de Francia, Richelieu. Por la ley de vida exterior, Francia mataba el Imperio austriaco, es decir, el poder central, á cuya sombra nacían los poderes fraccionados y parciales de la Edad Media. Así, miéntras Alemania, con su carácter soñador, con sus tendencias abstractas, combatía en el Norte la meta-

física de la Edad Media, Francia en los campos de batalla, en los consejos de la Diputacion; Francia, cuyo carácter es esencialmente práctico y positivo, combatía la política de la Edad Media. Los tres hechos capitales de la vida de Francia, durante la última mitad del siglo décimo-sexto y la primera mitad del siglo décimo-séptimo, son el Edicto de Nantes, la batalla de Rocray y su influjo decisivo en la paz de Westphalia. ¿Qué significan estos tres hechos capitales? Significan la derrota del Imperio austriaco, la derrota de la polítita austriaca, la derrota de las más poderosas tradiciones de la Edad Media. Y en este gran trabajo de Francia, ¿qué misterioso colaborador tiene? Tiene la Prusia. En los grandes movimientos de la historia moderna, Prusia encuentra ocasiones de material engrandecimiento. Merced á la Reforma, pasa de feudo á pequeño reino; merced á la paz de Westphalia, pasa de pequeño reino á grande reino. Llega el siglo último, la filosofía francesa se asienta en el trono con Federico, y Prusia llega á ser contada entre las grandes potencias europeas. Desde este punto, su ideal es dirigir la Alemania, regir la Alemania, amaestrar la Alemania, destruyendo cada dia más la influencia del Austria: el mismo ideal de la Francia. Naturalmente, cuando la revolucion francesa llega, el gobierno prusiano, que no el pueblo, vé rebasado su ideal por aquel tumultuoso oleaje de nuevas ideas. La Prusia habia dejado una libertad entera al pensamiento, cuidando sólo de que esta libertad no trascen-

diese á la accion, á la voluntad, á la política. La revolucion habia traspasado el límite trazado por Prusia, y Prusia la desafió. Pero fué Prusia vencida en los campos de batalla de Jemmaniper, al son de la Marsella que entonaban las legiones francesas. Y Francia se apoderó de las riberas del Rhin como un baluarte de su libertad. El Imperio napoleónico, que tantas victorias habia ganado, perdió en la última liquidacion de su vida esas orillas del Rhin, cuya reconquista desde entónces ha venido á ser uno de los pensamientos capitales de Francia. Los franceses dicen que Lindan, Sarrolouis, indica bien sus orígenes en la analogía de sus nombres; y los alemanes dicen que la Alsacia y la Lorena indican bien, conservando su lengua alemana, que son provincias hijas de la antigua Alemania. De suerte que en este duelo, en este grande y universal conflicto, no se vé el movimiento de las ideas, no se libran los intereses de la civilizacion, sino un puñado de tierra, un aumento de territorio, como si aún estuvieran en los tristes tiempos de la conquista. De suerte que los hijos del siglo décimo-nono, los que se han declarado poseedores de todos los derechos naturales, los que han sometido el rayo á sus mandatos, y han hecho de la prensa una voz de su conciencia, y han hecho de la industria un reducto para sus fuerzas, con todos estos títulos de soberanía y con todas estas victorias del progreso, como los salvajes en los desiertos solitarios, remiten sus querellas á la fuerza, y á sangre y fuego se disputaban su presas.

Y dos naciones que tienen unos mismos intereses, que representan en la historia unas mismas ideas, que sostienen quizá la civilizacion del continente, devastan sus campos, queman sus fábricas, sacrifican una generacion entera por sostener en el mundo una preponderancia que sólo es verdadera y durable cuando se funda en los eternos principios de la moral y del derecho, en todo lo que tiene de vivo y luminoso en sus entrañas la conciencia humana.

En estos momentos, cuando todos preveamos las pavorosas catástrofes, un orador que hubiera predicado la paz, que hubiera vertido bálsamo sobre las heridas enconadas, prestára los servicios mayores que podian prestarse á la civilizacion universal. De la guerra sólo habia de salir victorioso el cesarismo: ó el cesarismo francés, ó el cesarismo germánico. Conjurar su omnipotencia era deber de hombre primero, deber de europeo despues, deber de patriota por último. En este tiempo, cuando los asuntos del Luxemburgo más apasionaban los ánimos, recorria Emilio Ollivier en todas direcciones Alemania. Yerno del célebre pianista aleman Litz, fué, con motivo de visitar á su suegro, visitando todas aquellas regiones. ¿No debió sentir que Alemania detestaba la guerra? ¿No debió reconocer que solamente se decidiría á ella en el caso de que arrogante y fuertemente la provocasen? ¿Y no debió enseñar á sus compatriotas, que si atacaba el Imperio francés la independencia ó el territorio de Alemania, se echarían los pueblos meri-

dionales germánicos en brazos de Prusia, para renovar la cruzada de 1813 y salvarse del tirano? Un estadista que hubiera pensado así, un orador que así hubiera hablado, tenía grandes laureles que recoger en lo presente y en lo porvenir. Era necesario oponerse con fuerza, rudamente, al estrecho patriotismo de unos, á los antojos dinásticos de otros, al influjo homicida del partido militar, partido antropófago, que siempre está olisqueando la sangre y la carne muerta para alimentar con esta su poder, y teñir con aquella su uniforme.

Los sustentadores de la política francesa y de la política alemana, pretendían que esta guerra era la renovacion de la antigua entre la raza germánica y la raza latina; entre el elemento individualista y el elemento socialista de la historia; entre la libertad anárquica feudal del Norte y la igualdad plebeya, cesarista del Mediodia; entre la autoridad religiosa del catolicismo y la conciencia emancipada de los protestantes; entre la raza del derecho personal, de la reforma religiosa, de la Constitucion sajona, de la República americana, y la raza del Imperio, del Pontificado, de la monarquía universal; ideas contradictorias, que no pueden vivir sino en lucha, y no pueden luchar sino para que una de ellas rija en definitiva el sistema entero de la sociedad moderna y sea como el sol de la futura mecánica en que habrán de engarzarse los pueblos.

¡Una guerra de razas! Se concibe semejante ca-

tástrofe en tiempos de ignorancia, cuando el ideal humano todavía no brillaba en el espíritu. Se concibe que César, que Varo, que Germánico buscaran los pueblos bárbaros de las orillas del Rhin y del Danubio, para disciplinarlos con la espada y el derecho romano, encerrándolos en el hogar único de la civilizacion, en el Imperio de la Ciudad Eterna. Se concibe que Genserico, Alarico, Atila, engendrados en carros de guerra, nacidos entre el estridor de los combates, sintieran resonar en sus oidos y en su conciencia una voz misteriosa, que les arrastraba con fuerza incontrastable á destruir aquella Roma que habia cazado á sus padres en las selvas y los habia hecho caer exánimes para divertir el hastío engendrado por la riqueza y el poder, sobre la arena del circo. Pero ¿quién vería hoy en Napoleon III un descendiente de César, ni en Bismark un descendiente de Arminio? Ciencia más alta, más humana que la antigua ciencia histórica, ha venido á mostrar que latinos y germánicos eran de una misma raza, que sus idiomas se vaciaban en las mismas matrices, que sus dioses nacían en los mismos altares, que sangre igual circulaba por sus venas, y un mismo espíritu, el espíritu de la raza indo-europea, modificado por condiciones accidentales de clima y de cultura histórica, latía en aquellas conciencias enemigas. Los germanos y los latinos, despues de haber tanto combatido, supieron de lábios de la ciencia que eran hermanos, sí, hermanos como Cain y Abel, hermanos como Eteocles y Polinice, hermanos

como Rómulo y Remo, hermanos criminales, que aún podian reparar su fratricidio con la idea altísima del derecho moderno.

No hay, no puede haber esa enemistad fisiológica entre las razas, ni mucho ménos entre razas que son de un mismo orígen. Ménos hay, ménos puede haber antagonismo irreconciliable entre las ideas fundamentales humanas. Los elementos que cada una de esas razas representa en la historia son esenciales á la vida. La libertad y la igualdad, el individuo y la sociedad, la conciencia personal y la conciencia humana, la autoridad y el derecho, léjos de excluirse, de contrariarse, son elementos necesarios á nuestra existencia. La igualdad y la libertad no pueden separarse en la sociedad sin producir su ruina, como en la atmósfera no podrían separarse el oxígeno y el ácido carbónico sin producir la muerte universal. El trabajo de la raza germánica y el trabajo de la raza latina se reconcilian en el seno de la sociedad y se necesitan mútuamente; y como se necesitan, se completan.

Así como tenemos en nuestro cuerpo átomos de todo el Universo, tenemos en nuestra conciencia ideas de todas las razas. La Reforma pudo ser maldecida y odiada por nuestros padres; pero de ella fechamos todos hoy el comienzo de la emancipacion intelectual. La revolucion francesa pudo aterrar á los cortesanos de Prusia y á los cortesanos de Austria; pero la noche del 4 de Agosto de 1789 será bendecida en todas las lenguas y por todos los siglos, y amigos y enemigos

entónces, fecharemos de allí el comienzo de nuestra emancipacion política. Sobre todas esas contradicciones, sobre todos esos antagonismos se eleva la conciencia de Europa, que lleva en sí la idea del derecho universal.

Esta guerra sangrienta, que ha sido tan pavorosa como el choque de dos planetas en el espacio, proviene de errores, de debilidades comunes á dos democracias, á la democracia francesa y á la democracia alemana de 1848. Yo no quiero condenarlas; yo sólo quiero reconvenirlas. Sus ideas son nuestras ideas, sus intereses nuestros intereses; en sus libros hemos aprendido cuanto sabemos del derecho moderno, en sus ejemplos hemos templado nuestras almas; y sus dias de luto pesan sobre los republicanos españoles como el recuerdo de nuestras propias desventuras.

Pero una y otra democracia fueron allá, en las crísis de 1848, asaz gubernamentales. La democracia francesa debió distribuir la autoridad por toda la nacion y no vincularla en una Asamblea y un presidente, condenados á luchar y á destruir en sus luchas la República; debió separar la Iglesia del Estado, y no consentir un clero oficial, que un dia bendijo el árbol de la libertad y al dia siguiente bendijo el puñal del César; debió transformar el ejército en milicias nacionales capaces de renovar las glorias de Valmy é incapaces de renovar los crímenes de Brumario; debió despedir aquellas legiones de burócratas dispuestos á reconocer todos los poderes y servir á todas las tiranías; debió

descentralizar la accion del poder, esa accion que fiada, como en tiempos de los reyes, á una sola persona, dió de sí, por una fatalidad lógica verdaderamente ineludible, la plaga del imperio.

Y el Emperador era de una dinastía ilustre para los que sobreponen la razon de Estado á la razon natural; la guerra, al trabajo; las grandes naciones á los grandes ciudadanos; las conquistas de la fuerza á las pacíficas conquistas de la libertad. Y como perteneciente á esa dinastía, algo misterioso debía impulsarlo, el pecado de su orígen, la significacion de su nombre, á guerrear con toda Europa, enemiga un dia de su casta, á guerrear con la Alemania de Leipzick, con la Rusia del Berecina, con la España de Bailen, con la Prusia y la Inglaterra de Waterloo. Por una de las mayores falsificaciones que recuerda la historia, el Emperador se llamaba á sí mismo la revolucion y á su imperio la paz. El sofisma fué evidente desde el primer dia: esa revolucion ha sido la muerte de la democracia y de la libertad; esa paz ha sido la paz de Sebastopol, la paz de Solferino, la paz de China, la paz de Méjico, la paz de Mentana, la paz del Rhin. El cesarismo se habia engendrado en las cantinas, habia nacido en los cuarteles, era la sombra del pretoriano, enemigo implacable de la República; y para alimentar ese partido militar, que rasgó con sus bayonetas las leyes, tenía bue darle á beber y á comer sangre y carne humana. Todas esas batallas son los festines con que paga el César á sus soldados la orgía del 2 de Diciembre.

La democracia alemana erró, como la democracia francesa en 1848. Un error, ¿ qué digo un error ? una vacilacion siquiera, una duda en el instante de las revoluciones, se paga con largos y profundísimos dolores. Despues de haber proclamado los derechos fundamentales como un holocáusto á la humanidad, la unidad alemana como un holocáusto á la pátria, fió estas dos grandes ideas á la custodia del rey de Prusia. La federacion republicana, en todos los pueblos necesaria, es indispensable en el pueblo aleman. Miéntras no la realicen, serán los alemanes víctimas de dos dinastías poderosas y enemigas, de los Hohenzollerns y de los Hapsburgos. La cesion de la corona imperial á ese rey último de Prusia, corona jamás aceptada, porque era un don del pueblo y él sólo recibía coronas que fueran don de Dios; la cesion de esa corona entregó una tradicion revolucionaria á los reyes. Y no hay cosa peor que entregar á los reyes tradiciones revolucionarias. Las emplean contra los mismos que se las han dado, como los últimos Borbones volvieron contra los liberales el cetro forjado por la libertad. El rey de Prusia, el emperador de la democracia, apuntó contra la democracia sus cañones. A los votos respondió con balas. Y despues que hubo auxiliado á los príncipes feudales y al mismo imperio austriaco en la obra reaccionaria, firmó su propia humillacion en Olmutz. Pero por lo mismo que allí quedó humillada, la dinastía prusiana quedó tambien allí representando la tradicion de la gran pátria, la tradicion de la unidad alemana,

Miéntras esta unidad se inspiró en pensamientos democráticos, y caminó hácia una federacion liberal, no quiso representarla el rey de Prusia; mas así que, vencida la democracia, la unidad alemana tenía forzosamente, por medio la guerra y por objeto la monarquía militar, el rey de Prusia recogió la bandera rasgada en Olmutz. De aquí la mezcla informe entre la conquista y la soberanía popular; de aquí las invocaciones al sufragio universal y al derecho divino; de aquí el sofisma francés repitiéndose allende el Rhin para encubrir aspiraciones dinásticas, militares, autoritarias, conquistas enmascaradas con el nombre de patriotismo aleman, aglomeraciones de razas convertidas en rebaños que un rey dirige con el filo de su espada.

Estos errores de la democracia francesa y de la democracia alemana se reunieron y se agravaron horriblemente en la cabeza de Emilio Ollivier. El quería la paz entre Alemania y Francia. Lo dijo á cuantos desearon oirle en su viaje. Lo repitió con valor en el Cuerpo Legislativo, cuando expuso el programa que debía darle el poder. Pero olvidaba que el Imperio, ó no representaba nada en el mundo, ó no significaba nada en el mundo, ó representaba y significaba la guerra. De suerte que Emilio Ollivier acariciaba con exaltado entusiasmo la mayor de las utopias, la utopia de la alianza entre la dictadura militar y la paz europea. No se domestican jamás ciertas fieras en la sociedad.

Mas, con ser tan utópica, no era ésta la idea más utópica de cuantas hervían allá en la cabeza de Emilio

Ollivier. Habia otras que la realidad iba á desmentir tambien muy pronto, otras acariciadas por su mente con mayor culto, y sin embargo, vanas, ilusorias.

Emilio Ollivier pretendia lograr la libertad sin revoluciones y el progreso sin sacudimientos. Antiguo republicano, se consagraba á consolidar el Imperio, con tal que el Imperio consolidase la libertad. E imaginaba conseguir esto desde el gobierno. Todo el mundo veia, ménos él, que esta obra era difícil, y calculaba todo el mundo, ménos él, que una larga historia la habia hecho imposible. Tenia la libertad recibidos demasiados agravios del Imperio para vivir en paz con el Imperio; y á su vez, tenia el Imperio demasiado temor á la libertad para dejarla espaciarse en toda su extension y con todo su oleaje.

Habia momentos en que parecia sincera la política de Ollivier, y resueltos sus propósitos. Proponer el Jurado para la prensa era proponer una reforma, si no satisfactoria, porque la prensa no consiente más Jurado que la opinion y la conciencia pública, si no satisfactoria, progresiva. Pero ni siquiera deslumbraban las apariencias. El Jurado que Ollivier proponia era el Jurado del Imperio; un tribunal, que el Imperio hace á su imágen y semejanza, buscado entre los devotos por los prefectos.

Dentro de sus pocos adeptos no habia tampoco la homogeneidad de pensamiento y de miras que necesitaban un tiempo tan difícil y un camino tan escabroso. Dentro del ministerio por él formado, habia dos

fracciones, una más imperialista, representada por él, y otra más parlamentaria, que representaba el antiguo orleanista Napoleon Davis.

Y estas dos fuerzas tenian otra en frente muy formidable, y es una fraccion asáz imperialista de la Cámara, que veia con recelo creciente la restauracion del parlamentarismo, y temia en él nuevos peligros para el Imperio.

¡Aliar la democracia, la libertad, con el Imperio! Vano empeño, porque el poder ejercido despóticamente, imposibilita por siempre al déspota para vivir en paz más tarde con la libertad, cuando de la libertad necesita.

¿Cómo recibió la opinion pública europea los esfuerzos de Ollivier? Los periódicos ingleses, ansiosos siempre de encontrar en el continente instituciones similares á sus instituciones históricas, aplaudieron los proyectos de fundar el régimen parlamentario; en tanto que los periódicos alemanes, más ansiosos de paz que los ingleses de libertad, aplaudieron el proyecto de aliar la cáusa del Imperio á los intereses y necesidades de universal reposo que Europa sentia. A la sombra de esta seguridad de paz, Bismark concluye su unificacion alemana. El Gran Canciller funda un régimen que no tuvo precedentes ayer en la historia, ni tiene hoy compañeros en el mundo. Es la obra del maquiavelismo político más refinado que puede darse. Es un aparato aparejado para infiltrar la unidad política, la unidad alemana prusificada, en todos los

estados secundarios de la Confederacion. Esta confederacion es un nido lleno de huevos, que á la vista parecen buenos y enteros, mas por dentro están podridos, llenos de centralizacion, de autocracia, de espíritu reaccionario, de gérmenes nocivos para el progreso y la fuerza de esa misma Alemania, que se cree por ellos tan fuerte y poderosa.

Nada de esto, sin embargo, hubiera sucedido, si no se funda el Imperio francés. Sólo mostrando la espada y el cetro de los Bonapartes, tendidos sobre Alemania, pudo Bismark conciliar ánimos tan rebeldes é irreconciliables como los ánimos de los diversos pueblos y gobiernos de Alemania. Su aglomeracion era una obra imperial. Irreparable desgracia.

Quiso repararla Ollivier oponiendo la libertad de Francia á la unidad de Alemania. Mas el error, el grande error de Ollivier consistió en carecer de una política franca. La guerra y el poder personal se unian por lazos indisolubles. La libertad y la paz se llamaban con llamamiento incontrastable. Ollivier, que suponia representar la libertad, debia insistir en representar tambien la paz. Pero inconstante, dócil á todas las emociones, accesible á todas las influencias, con recuerdos de tribuno, con natural de cortesano, jamás alcanzó á tener una idea propia, una conducta decidida, amando del poder, más que su realidad y su fuerza, sus tristes vanidades.

Bien es verdad que grandes sentimientos le contrariaban. Las puertas del Cuerpo Legislativo se abren,

y la tribuna se levanta. Sobre la tribuna se muestra erguido Thiers, que no representa la razon, pero sí las antiguas pasiones de Francia. Esas grandes aglomeraciones de pueblos, exclama, sirven sólo para humillarnos ante la conciencia humana y disminuir nuestra fuerza. Antes nos hallábamos rodeados de nacionalidades débiles, y nada teníamos que temer de esas nacionalidades. Ahora, merced á las ideas napoleónicas, tenemos una Italia fuerte en los Alpes, y una Alemania fortísima en el Rhin. La nacionalidad francesa está vendida, sus fronteras amenazadas, y su influjo político es incierto, y su nombre ha sufrido un verdadero eclipse. Francia lo oyó, y lo cree. El Imperio está perdido si no representa la grandeza territorial de la Francia. Y no la representa desde que tiene la espada tajante y luciente del Rhin alemań, manejada por Prusia, en sus riñones. Ante estas ideas, no habia más que una salida, la guerra. Necesitábase un alma enérgica, muy enérgica para sobreponerse al partido militar que rodeaba el Imperio, y al amor pátrio despertado como un viento de tempestad desde la tribuna por la elocuencia de uno de los primeros entre los oradores franceses.

Pero ¡ah! no estaba forjado, nó, el ministro Ollivier para la altísima temperatura del espíritu público en Francia. La vanidad le perdia, y la peor de las vanidades, la vanidad literaria. Tomaba el poder como una cátedra. El corte de maestro, y de maestro jesuítico, era su corte. El tono de leccion era el tono

de sus discursos más elocuentes. Para este nuevo Guizot, es el gobierno una cátedra, y el poder una especie de contínua disertacion académica. Hizo con España un tratado de validez respectiva de los juicios civiles en las dos naciones; y como esto alarmára mucho á la oposicion, el sábio ministro quiso desvanecer sus alarmas con textos latinos, disertaciones jurídicas, distingos agudísimos, ergotismos de secta. Despues, cuando apareció en la Asamblea con proyectos de ley, con proyectos de reformas constitucionales, los adornó de citas, de noticias, de autores, en tal copia, que parecian disertacion de sábio y no discurso de ministro. Todo era preciso, sin embargo, para armonizar el régimen parlamentario con el plebiscito, la libertad con la dictadura, la paz de Europa con el gobierno de los Bonapartes.

Y miéntras á esos esparcimientos del ánimo se entregaba Ollivier, trabajábase ardientemente, con grande constancia, en el Gabinete de la Emperatriz para derribarlo. Sus resábios democráticos no gustaban á la gran dama española, que aparentemente y en cartas, decía sostener la política de su marido. Ollivier se venga. Uno de los antiguos redactores de *La Liberté* fundó *L' Histoire*, periódico cuyo único objeto fué combatir á la Emperatriz, presentada como un tipo de mogigatería, de reaccion. Pero no solamente en el gabinete de la Emperatriz tenia enemigos, los tenia, y formidables, en el gabinete del Emperador.

A los pocos dias de ser Ollivier ministro, levantóse

en la Cámara un jóven fornido, rubio, de ademan imperioso y voz tonante, á dirigir algunas reconvenciones al Gobierno. Un diputado haciendo la oposicion, á la verdad, no es fenómeno tan raro que debiera alarmar á la Cámara, á la Bolsa, al Gobierno. Sólo en Egipto hay que emplear el palo para constreñir á algunos diputados á que finjan votar contra los ministros del virey. En nuestras naciones europeas, aún no asoma el régimen constitucional cuando ya asoma la dura oposicion. Pero la del diputado á quien me refiero tenia una excepcional importancia, porque el diputado se llamaba Clemente Duvernois.

Este Clemente Duvernois ha sido un aventurero de la pluma. Los siglos anteriores conocían aquellos jóvenes inquietos, audaces, que, malhallados con el reposo, iban á los descubrimientos, á las guerras, para encontrar á su inquietud alivio, y alivio á su malhadada fortuna. En el siglo presente hay los aventureros de la prensa. Los antiguos requerían la espada y arriesgaban la vida; los modernos requieren la pluma y arriesgan la honra. Hé ahí toda la diferencia. Este Clemente Duvernois ha estado en Méjico, ha sido escritor liberal. Un dia puso *La Presse* á dos dedos del abismo por sus intemperancias antibonapartistas. Girardin decía de él que su único defecto era pelear al descubierto contra un enemigo tan formidable como el Imperio. Cuando sobrevinieron las veleidades liberales del César, parecíale á Duvernois tibio tal liberalismo, y lo combatia á todo trance.

Habia en él, si no la originalidad, si no la variedad, la facundia del talento periodístico de Girardin. Imitábale á maravilla su estilo breve, conciso, formuláreo, lleno de antítesis que muchas veces son retruécanos. Tales calidades gustaban siempre á un pueblo hastiado como el pueblo francés, que habia llegado por hastío al peor de los suicidios, á la renuncia de la libertad.

El Emperador supo que el periodista amaba el ruido, el fáusto, la riqueza y la prensa. Comisionó á su sastre para que le ofreciera todo esto, y lo aceptó. Desde aquel dia fué su favorito. A medida que crecía en favor, crecía en espíritu reaccionario. Estaba convencido de que de esta suerte satisfacía y agradaba al César. Su privanza llegó hasta el punto de conseguir un periódico que casi se daba de balde, veneno barato para el pueblo, caro sólo para las arcas imperiales; y tras el periódico, un distrito oficial donde los agentes del gobierno cometieron toda suerte de tropelías para elevarlo al Congreso; y tras el distrito oficial, tambien tuvo una cartera. El primer favorito debia ser el ministro último de la dinastía.

No habla Duvernois bien. Está muy léjos su lengua de su pluma. Y sin embargo, un indicio de discurso con un indicio de oposicion desencadenó una crísis ministerial. ¿Cómo? Un escritor inquieto y tornadizo, un diputado oficial, inexperto y justador en las luchas de la palabra, ¿tiene fuerza bastante á herir de muerte un ministerio? No lo extrañeis. Es el favorito

del César. Ollivier se presentó en la Cámara Imperial y reclamó del Emperador que optase entre el favorito de la Córte ó el ministro de la Asamblea. El Emperador optó por el ministro. No se satisfizo Ollivier con esta victoria; y pidió y obtuvo que dejara Duvernois de tener ese periódico, verdaderamente escandaloso, con el que suscitaba contra las Tullerías tantas iras. La victoria del ministro sobre el privado fué completa.

Desde este dia se mezcló Duvernois en el partido militar; y el partido militar juró la perdicion de Ollivier. Para conseguirla, se trajo de la córte de Viena, donde era embajador, á la córte de las Tullerías, á convertirlo en ministro de Negocios Extranjeros, al conde Granmont. Este conde habia vivido en el seno de la sociedad aristocrática de Austria, y tomado los pujos vengativos de esta sociedad por indicios de una enemiga declarada contra Prusia en toda la córte austriaca y en todos los pueblos sometidos al Austria. Bismark decía respecto á él estas palabras durísimas, que corrían por toda Alemania de boca en boca: "Este Granmont es un tonto." Y en efecto, á tal categoría deberá estar relegado aquél que se imagine posible la grande uniformidad necesaria para la guerra en potencia tan dividida y desgarrada como la confusa aglomeracion de naciones que se llama Austria. El conde Granmont fué impuesto con dos objetos, con objeto de traer la guerra de Prusia, y con objeto de procurar la caida de Ollivier. Imposible encontrar un personaje

por sus facultades tan inepto, y sin embargo, por sus preocupaciones tan apto para empeñar en grave conflicto á toda Europa.

En efecto, á consecuencia de la candidatura del célebre príncipe prusiano al trono de España, el gran disentimiento estalla. Renuncia el príncipe, y con un telegrama falso, se cohonesta la declaracion de guerra. Emilio Ollivier, al comenzar la sesion nefasta en que tal crímen se perpetrára, anuncia la paz, lo cual hace subir la bolsa; y al finalizar la sesion, notifica la declaracion de guerra, y añade que la notifica con el ánimo aligerado de todo pesar. ¡Tremenda ligereza! Aunque hubiera estado seguro de la victoria, debia pesar la declaracion de guerra con pesadumbre inmensa sobre su corazon y su conciencia. Pero despues de aquel dia horrible, todo fué adverso. Las primera batallas se perdieron, los primeros ejércitos se dispersaron. La más horrible, por lo ménos esperada, fué la rota de Wisemburgo.

Y miéntras tanto ¡qué espectáculo el espectáculo de Paris! Emilio Ollivier, que sólo quiere dar noticias de victorias, oculta la derrota de Wisemburgo. Varios especuladores fingen un telegrama que pasa de mano en mano, y en el cual se anuncia una gran batalla coronada por el más brillante éxito para las armas francesas. El entusiasmo del pueblo llega al delirio. Cantan unos la Marsellesa, vociferan otros vivas de alegría, sacan los más banderas tricolores y las pasean por aquellas calles que han presenciado el

regocijo público por tantas victorias. La bolsa sube dos francos y medio. Paris está en delirio, y el gobierno calla á Paris su derrota. Ciega confianza de ese pueblo, ciega confianza de su ejército. Creen llevar encadenada la victoria. Y esta confianza explica sus desgracias. El entusiasmo no tiene trégua. La multitud encuentra á la primera tiple del Gran Teatro de la Opera, María Sax, y la obliga á cantar la Marsellesa desde lo alto de su carruaje. Nuevo delirio, nuevos vivas, alegría general, epiléptica, cercana á la locura. Y el gobierno callando su derrota.

En esto la verdad se descubre. Los periódicos ingleses la publican. Wisemburgo ha sido tomado. Un furor indescriptible se apodera de la poblacion. Los cantos cesan, las banderas se retiran, la furia del dolor sucede á la furia de la alegría. La noticia de la victoria concebida en términos pomposos, anunciando el cautiverio del Príncipe heredero y de veinte y cinco mil prusianos, es contrastada por la amarga realidad de una derrota. La muchedumbre vé un juego bursátil en su engaño, pregunta el nombre del falsario, invade la Bolsa, persigue á los bolsistas, interrumpe las operaciones, cierra el edificio, apedrea las casas de los cambiantes de moneda, y amenaza de muerte á un prusiano que ha creido deber alegrarse por las victorias de su pátria; muchedumbre tan ciega en su regocijo como en su ódio. Una manifestacion se dirige al ministerio de Justicia. Ollivier procura calmar los

ánimos con algunas explicaciones. La manifestacion corre desde el ministerio de Justicia al ministerio del Interior. El ministro desciende, habla, explica el engaño, procura apaciguar los ánimos, atraerlos á una mayor prudencia, bien necesaria en aquellos momentos de supremo peligro para la nacion francesa.

La Emperatriz dá una proclama diciendo que Francia está en peligro. El Emperador anuncia que no ha perdido la sangre fria, á pesar de que el momento es supremo para la nacion. Paris es declarado en estado de sitio, la guardia móvil incorporada al Ejército, el Cuerpo Legislativo convocado; miéntras, el pueblo francés pide armas, primero contra el prusiano que lo ha vencido, pero despues contra el César que lo ha deslumbrado.

Son los primeros dias de Agosto de 1870. La Asamblea se reune en medio de la mayor agitacion. La plaza de la Concordia y las avenidas del Palacio no pueden contener las muchedumbres agitadas por ideas contrarias, diversas, pero en igual grado amenazadoras y tempestuosas. Aquél espectáculo recuerda algunas escenas de la revolucion francesa. En los corredores, en el salon de conferencias, los diputados se entregan á mútuas recriminaciones; pero tan fuertes y ruidosas, que se teme degeneren pronto en golpes y mútuos apaleos. El sentimiento general reconoce la impericia del Emperador. La palabra destronamiento sale de muchos lábios. Si no quedase todavía alguna esperanza, si la batalla decisiva se hubiese dado, los

cortesanos serían los primeros en votar la expulsion de los Bonapartes: que siempre fueron la ingratitud y la cobardía fruto del envilecimiento cortesano. La sesion se abre, y sobre la sesion pesa uno de esos silencios precursores de las grandes catástrofes. El partido militar, mal avenido con la política del ministerio, enemigo de las instituciones parlamentarias, resuelto á recoger del polvo la dictadura, se apercibe á expulsar los ministros parlamentarios. Para esto encontráran grande apoyo en la Emperatriz.

Emilio Ollivier sube á la tribuna. Su situacion es tristísima. Los republicanos sólo aciertan á ver en su persona al apóstata, y los imperialistas al republicano. Ollivier, tan amigo de la oratoria, confía á un papel sus pensamientos. El primero, el capital es que en crísis tan suprema no puede perder el gobierno sin perder la honra. Rumores nutridísimos la anuncian que el Cuerpo Legislativo está decidido á quitarle gobierno y honra. Sobre todo, cuando habla de concordia, cuando pide que le auxilien, cuando apunta la idea de que las divisiones sólo podrian favorecer al extranjero acampado en el suelo de la pátria, un tumulto inmenso ahoga sus palabras. Los más decididos amigos del Emperador gritan á una, como en cualquier teatro: "Fuera, fuera." ¿Y por qué nó fuera tambien el Imperio? A él toca la responsabilidad. Si las batallas diplomáticas se han perdido; si Prusia se ha agrandado; si la guerra ha venido; si el ejército, el gran ejército francés, se ha roto; si el suelo nacional

está profanado por el extranjero; si los dias más tristes del 14 y del 15 oscurecen los anales de Francia, la culpa, toda la culpa es del Imperio.

La fórmula de la extrema izquierda es la fórmula salvadora: suprimir el gobierno y suprimir el Imperio. Esta fórmula es compendiada en dos importantísimas declaraciones: primera, se arma á toda la nacion; segunda, asume el Cuerpo Legislativo todos los poderes. Al oir tales proposiciones, sale un clamor universal de los bancos imperialistas. Julio Favre logra dominarlo con su voz de trueno, y dice que si la campaña está perdida, y violado el territorio francés, la culpa es del general en jefe, la culpa es del Emperador Napoleon. No lo dice solamente la voz del diputado republicano, lo dice hoy la conciencia humana, lo confirmará mañana la historia. Y el minuto del castigo ha sonado en el horario de la providencia.

Al oir tales proposiciones, Casagnac sube á la tribuna. El fanatismo imperial habita en su conciencia, la rábia contra la libertad en su pecho, la ira vibra en sus lábios, la demencia en el acento de su palabra, acre, hueca, siniestra, ruda, como los fuegos de un peloton. Inyectados los ojos en sangre, crispadas las manos, en desórden el cabello que se mesa, como si estuviera furioso, pregunta á la montaña si aquello es una revolucion. "Sí, sí," le gritan á una todos los diputados de la izquierda. "Pues si yo fuera ministro, exclama el energúmeno, os someteria ahora mismo á un

Consejo de guerra." "¿Nos quereis fusilar?" pregunta Julio Simon. La Asamblea recuerda uno de los momentos más característicos de la Convencion.

Emilio Ollivier quiere hablar, pero no le escuchan. Las imprecaciones más horribles, los insultos más groseros parten de todos los bancos é incendian todas las pasiones. Dos diputados de la izquierda bajan, se dirigen al sitio ocupado por los ministros, los amenazan y hasta les pegan. En tal momento, los diputados todos se levantan, accionan, gesticulan, gritan, amenazan, y confundiéndose en inmenso tumulto, convierten la Asamblea en pavoroso caos, donde sólo se ven relampaguear siniestramente el ódio y la ira.

El Presidente se cubre. La mayor parte de los diputados bajan al hemiciclo. Picard grita desde su banco que el pueblo pide armas, y las tendrá; y que si las niega el gobierno, las tomará el pueblo por su mano. Esta proposicion aumenta el escándalo. El antiguo amigo del César, Clemente Duvernois, pro- propone que se nombre un gobierno capaz de organizar la defensa nacional. La Cámara aprueba esta proposicion y Emilio Ollivier cae del ministerio.

Hé ahí la triste suerte del apóstata. Mal con su conciencia, confundido por la opinion, reo de lesa-justicia, los mismos á quienes ha servido lo derriban y lo infaman. Quiso en su demencia aliar el Imperio con la libertad, y de la urna donde estaba el fatal plebiscito han salido triunfantes la dinastía del 2 de Diciembre y del 18 de Brumario, la dictadura militar,

las quintas desoladoras, las guerras inhumanas, la muerte de la democracia, la ruina de la pátria. Prevost-Paradol, más enérgico y más honrado, ha concluido por el suicidio. Ollivier no ha osado rescatar sus culpas ante la historia por este holocáusto de sangre. Y era, sin embargo, más culpable. Ahora, cuando en la tristeza de su soledad vea todos sus ensueños desvanecidos, todas sus ambiciones burladas; la época más deshonrosa de la historia moderna unida á su nombre indisolublemente, la invasion extranjera vinculada en su torpeza; cuando contemple cómo le han deshonrado y le han hundido los mismos á quienes sacrificara historia, reputacion, nombre de familia y un porvenir brillantísimo de gloria, debe alzar los ojos á su conciencia oscurecida, y desde su conciencia al cielo, para reconocer cuán severa é implacablemente castigan cielo y conciencia, justicia humana y justicia divina, á todos los apóstatas

---

FERRARI Y MICHELET.

FERRARI Y MICHELET.

(HISTORIADORES.)

I.

Estos dos hombres no deben ser juzgados por sus vidas, sino por sus obras. Ni uno ni otro han ejercido, á pesar de inmensos talentos, grande y decisivo influjo en sus respectivas naciones. La naturaleza parecía destinarlos más que á producir hechos, á referirlos. Ambos son tan uniformes en sus ideas y tan exaltados en sus pasiones, que se revelan completos en cualquiera de sus obras. ¿No han oido mentar alguna vez mis lectores el nombre de José Ferrari? No les dirijo en verdad esta pregunta á humo de pajas, como decimos en nuestro lenguaje familiar. Confieso mi delito, y lo confieso con algun rubor. Consagrado por deber

á los estudios históricos; siguiendo muy de cerca el movimiento intelectual de Europa; devoto por extremo de esa altísima ciencia que se llama la Filosofía de la Historia, yo ignoraba hasta hace cuatro ó cinco años el nombre ilustre de Ferrari, yo no había leido sus ingeniosas y originales obras. El dia que me cayó en las manos un libro suyo, fué para mí un dia de súbitas revelaciones y de meditacion profunda. Ferrari habia servido la cáusa de la independencia y de la libertad en Italia. Sus ideas le atrajeron la persecucion, y la persecucion le obligó al destierro. Refugiado en Francia, se entró allí en aquella época, posterior á la revolucion de 1830, época en que la tribuna y la cátedra fulguraban luminosas ideas, en medio de un combate porfiado, empeñadísimo entre todas las inteligencias, combate que regaba Europa con la sangre invisible del alma, y que le hacía, como pocas veces, fecunda. Entónces Michelet, Michiewitz, Edgard Quinet explicaban en medio de una tempestad de aplausos y silbidos. El hoy solitario Colegio de Francia, era como un circo de gladiadores intelectuales, que peleaban por los intereses permanentes de la ciencia con el desinterés de los héroes. Entre estos hombres descollaba Ferrari por la profundidad de sus ideas, por la novedad de su sistema, por la belleza de su lenguaje y por la felicidad con que acertó á unir los principios abstractos de la filosofía con los hechos de la historia. Levantóse en su contra una grande oposicion que dió por resultado el arrojarle de su cá-

tedra, la cual, si no es infiel mi memoria, estaba en una de las Universidades de provincia. Yo no participo de las ideas de este filósofo; pero no admiro por eso ménos su talento. Desde el instante en que la ciencia pierde la base de las verdades absolutas, se convierten sus principios en una especie de procesion de sombras. El bien y el mal, la verdad y el error, la libertad y la fatalidad, pierden completamente su sentido metafísico y sus distinciones esenciales. No hay verdad, no hay bien, no hay hermosura perfectas, y la vida es una catarata impetuosa que se desvanece en vapores; y la inteligencia como un abismo profundísimo que se pierde en tinieblas. Luego las leyes sociales no pueden ser, cual pretende Ferrari, de una fatalidad tan ciega como las leyes del Universo, como las fuerzas de la naturaleza. Si nó, ¿á qué trabajaríamos por la libertad? Si nó, ¿á qué llevaríamos sobre el alma la conciencia? Si nó, ¿á qué amaríamos el heroismo y el martirio? Si nó, ¿á qué exigiríamos ante el tribunal de la historia una tremenda responsabilidad á los perversos y á los tiranos? Las leyes sociales se modifican profundamente por la libertad. Y como la libertad, al lado de sus virtudes, tiene la cualidad de ser un tanto perturbadora, cualidad que nace de su misma fuerza, de su mismo impulso; como la libertad, á manera del aire, vivifica y corrompe; á manera del viento, purifica y agita; como la libertad no puede ser tan fácilmente comprendida, ni en sus móviles ni en sus contradicciones, bien al revés de esas leyes natura-

les que se cumplen siempre, indefectiblemente, sin la excepcion de un sólo sér y sin la interrupcion de un sólo minuto; como la libertad es casi toda la naturaleza humana, ó al ménos, la que determina sus actos, sus pensamientos, su obra, su vida; y casi toda la sociedad, ó al ménos la que la ordena y hace que no se convierta en una simple aglomeracion de moléculas individuales, no podemos admitir que la libertad sea, como las afinidades de los fluidos, como las atracciones de los astros, un ciego fatalismo. Ignoramos si Washington hubiera podido conservar la monarquía en América ó Napoleon la República en Europa. Mas no por eso, no por ignorar esencialmente lo que hubieran podido con su propio influjo, con el impulso de su propia voluntad, modificar los hechos sociales, hemos de tenerlos por ménos responsables de la gloria ó de la maldicion que hayan merecido al mundo.

II.

Extraño, singularísimo fenómeno. Ferrari, que en su filosofía niega toda trascendencia á la vida, toda incondicionalidad á los principios fundamentales de la ciencia, Ferrari es el filósofo que más palpablemente ha demostrado la unidad fundamental, esencialísima del espíritu humano. Y lo que en la esfera de la filosofía le ha sucedido con el espíritu humano, en la esfera de la historia le ha sucedido con su propia pátria.

Los escritores italianos se han distinguido siempre ¿qué digo los escritores? todos los artistas italianos, por el impetuoso amor á su Italia. La Beatrice del Dante ha sido Italia, que se le aparecía desde el infierno del destierro en el ether del cielo; la Laura de Petrarca ha sido Italia, que le inspiraba delirante amor; el génio sombrío de Machiavelo ha sido el dolor de su Italia; la desesperacion de Hugo Foscolo ha sido la desesperacion de Italia. Es la eterna Fornarina que sonrie á todos sus hijos, que los abrasa en su amor, que les inspira esa fiebre, ese delirio, capaces de las mayores virtudes ó los mayores crímenes. Ferrari no podia exentarse de este amor delirante por Italia. Así, desde el destierro ha estudiado su historia, y en sus libros ha condensado las cóleras y las esperanzas, las luchas y las derrotas, las caidas y los despertamientos de quince siglos. Federal por conviccion, federal por estudio, federal por temperamento, ha sido el único italiano revolucionario que ha permanecido fiel á esta su antigua idea en los momentos mismos en que Mazzini predicaba la unidad desde el destierro, y Cavour la ordenaba desde el gabinete, y Víctor Manuel la servia desde el trono, y Garibaldi la realizaba en los campos. Segun Ferrari, los grandes imperios unitarios no han sido propios más que para las dictaduras militares, y para las literaturas académicas, en tanto que las ciudades federales han dado siempre de sí la filosofía, el arte, la libertad, y han sido como los oasis de la historia y de la vida. Así Atenas, Floren-

cia, Washington. Por eso ha predicado siempre el federalismo italiano. Pero en medio de ese federalismo, sobre ese federalismo ha visto abrir sus alas al espíritu único de Italia. La historia de las repúblicas italianas, con ser tan federal, es realmente la historia de la unidad, el monumento más glorioso levantado á este principio. Nada en la historia más diverso, más opuesto que las ciudades italianas; y sin embargo, á un tiempo las invaden todos los individualistas elementos germánicos; á un tiempo los Obispos convierten las ruinas del Imperio en altares para Cristo; á un tiempo estalla la guerra de la unidad por el Papa ó la unidad por el Emperador; á un tiempo vienen sobre aquella tierra, que parece un caos por la diversidad de sus elementos, los *condotieris* y los cónsules, y los podestás y los tiranos; á un tiempo se derrumba en todas las razas y enemigas regiones el feudalismo y se comienza el arte en todo aquel coro de ciudades; á un tiempo sienten casi todas en los dos últimos siglos la aparicion de la filosofía, las erupciones revolucionarias y los desmayos reaccionarios: una misma atmósfera las envuelve y un mismo espíritu las sostiene, porque así en el Norte como en el Sur, así en Milan como en Nápoles, así en Génova como en Florencia, sobre las oposiciones de tradicion y sobre las luchas de municipio, estalla como una corona de luz el divino génio de Italia.

III.

Pero no solamente se puede en la historia moderna demostrar la unidad de Italia, sino tambien la unidad de Europa. Y esto ha hecho Ferrari en su *Historia de la Razon de Estado.* El siglo décimo-tercio es el siglo católico por excelencia. Pues Francia tendrá San Luis; Castilla, San Fernando; Aragon, Don Jaime; Sicilia, Santo Tomás; Toledo y Colonia, sus admirables catedrales; Roma, Inocencio III. El siglo décimo-cuarto es el siglo de la doble lucha entre la monarquía y el Pontificado; la monarquía y el feudalismo. Pues Pedro el del Puñalet en Aragon, Pedro el Cruel en Castilla, Felipe Augusto en Francia, realizaron una misma obra, eran los trabajadores de una misma idea. En el siglo décimo-quinto, la política de los reyes vence definitivamente las fuerzas del feudalismo. Pues bien: tres personajes distintos obedecerán á una misma idea en las tres primeras naciones del mundo: Fernando V en España, Luis XI en Francia y Alejandro VI en Italia. Pero no está solamente aquí lo maravilloso; lo maravilloso está en que el espíritu humano coincida en las mismas ideas, y en las mismas aspiraciones, y en las mismas fases, allá en el extremo Oriente, y aquí en el extremo Occidente, en China y en Europa. Tal es el tema del libro último de Ferrari, *China y Europa*, de ese libro que tan profundamente ha conmovido á Francia. Nada más general que la idea de considerar

á China como un Imperio-momia, fuera de la gravitacion de todas las leyes históricas, encerrado en sus murallas como los Faraones en sus Pirámides. Ninguno de nuestros dolores parece haber atravesado su corazon; ninguna de nuestras ideas su conciencia. A nuestros ojos se aparecen los chinos como eternos niños cincelando eternamente sus juguetes. Yo confieso que no puedo mirarlos sin una mezcla de compasion y de extrañeza. Y si no tuviera tan arraigada la idea de la unidad fundamental de la especie humana y de la igualdad de todas sus razas, los creeria irremisiblemente inferiores á nosotros. Y sin embargo, ellos han descubierto muchos siglos ántes que nosotros la imprenta, la brújula y la pólvora; ellos han leido los secretos de los astros cuando nosotros apénas nos atrevíamos á salir de las cavernas; ellos sintieron las sublimes necesidades de la filosofía cuando nuestro espíritu se agarraba como un poco de musgo á las piedras de los sacrificios. A estas ventajas de prioridad en el tiempo reunen grandes ventajas morales en lo que podíamos llamar la constitucion interna de su espíritu. Pocos pueblos han descartado con tanto pulso lo maravilloso del seno de sus creencias; pocos han dado con tanto acierto un carácter práctico á su moral, y un carácter moral á su religion. La Historia ha sido entre ellos como un testamento celosamente redactado que se han ido trasmitiendo las generaciones á manera de sagradada vinculacion del espíritu. Los historiadores han formado algo seme-

jante á un concilio por su carácter religioso y á un tribunal por su carácter severo. Si se ha constituido la China en un grande Imperio es por buscar las oposiciones que suelen buscar los pueblos vecinos, por oponer la unidad al federalismo tártaro, como hoy opone Francia su Imperio absorbente y disciplinado é igualitario al parlamentarismo inglés, liberal, expansivo y aristocrático. No sé cuánto habrá de verdad y cuánto del ingenio de las analogías que Ferrari descubre entre las revoluciones de Europa. Pretendiendo una grande impasibilidad, hay pocos historiadores que más fuercen los hechos para encajarlos en el molde de sus ideas. Pero si es cierto que los cambios sociales sufren allá en China las mismas alternativas y pasan por los mismos períodos que aquí en Europa; si es cierto que se presentan esas grandes parábolas históricas llamadas revoluciones recorriendo los mismos períodos de iniciacion, de propaganda, de combate, de victoria, de organizacion y de reacciones; si es cierto que sus patriarcas levantan la tienda en el desierto al mismo tiempo que nuestros patriarcas, y sus reyes se ciñen la corona para formar la unidad de los pueblos al mismo tiempo que nuestros reyes, y sus profetas se exaltan con las visiones del porvenir cuando se exaltan nuestros profetas, y sus filósofos se reconcentran como nuestros filósofos en la conciencia, y sus artes tienen una Atenas como sus leyes una Roma, y vienen sus redentores á morir por todos, y sus mártires á testificar la muerte de los redentores; y

las puertas del Imperio crugen bajo las hachas de los bárbaros, y los monges levantan junto al castillo el convento; y hay feudalismo, municipios, reformas, bien podemos ver aquí brillar en todo su esplendor la unidad del espíritu que es la base anchísima de la igualdad entre todos los hombres. Pero miremos á Michelet.

IV.

Pocos escritores han nacido con cualidades tan excepcionales de historiador, y sobre todo, de historiador dramático. El ha dicho que la historia es una resurreccion, y ha mantenido su palabra, porque ha resucitado las épocas. Se ven pasar en sus páginas las generaciones; se sienten bramar sus cóleras, vibrar sus armas, rechinar sus instrumentos de trabajo, herir sus pasiones, cantar sus artes. Cuando abrís las primeras páginas de su libro, os creeis trasportado al seno de los bosques galos; en medio de sus sombrosas enramadas que la luz no penetra, sobre el lecho de las hojas secas, acompañado de los reptiles que se enroscan al verdoso tronco, y de las aves nocturnas que vuelan silenciosamente, miéntras los rumores del follaje y de las ramas, y los bramidos del viento, os recuerdan que los espíritus de los muertos vagan por allí errantes, batiendo sus alas sobre las piedras de los dolmenes, y escuchando el cántico religioso de las sacerdotisas, que cortan con la hoz sagrada el muér-

dago, y tejen coronas de laurel y de verbena para celebrar con estos símbolos materiales el dogma fundamental de la religion gala, el dogma consolador de la inmortalidad del alma. Y este mismo relieve se vé en todos los tomos, y este mismo arte para evocar todas las edades. Parece imposible que un hombre de sus ideas religiosas haya podido resucitar la catedral de la Edad Media como él la ha resucitado. Se vé el incienso desvanecerse en la bóveda; la misteriosa lámpara bajar de la ojiva; el vidrio de colores recoger la luz y teñir con sus matices las blancas alas de los ángeles y la mística frente de las Vírgenes. Se oye el sonar de las campanas y del órgano, el cántico de los sacerdotes, y los rumores de las grandes procesiones en que se mezcla el pueblo. Pero así que llega el siglo décimo-sexto; así que viene esta época de las batallas religiosas, Michelet casi deja de ser historiador, de escribir él mismo los hechos, para ser actor, para empeñarse él mismo en las ardientes luchas. El siente todas las cóleras terribles de aquel tiempo; él pelea como si todavía estuviera empeñada la batalla; él calienta de nuevo sobre las calles de Paris la sangre de la degollacion de San Bartolomé; él maldice las sombrías piedras del Louvre como si tuviera el cuchillo sobre la garganta; él disputa en las escuelas como si todavía contradijeran sus principios los escolásticos y los empíricos; él maltrata á los muertos como si todavía estuvieran vivos. No deja descansar á sus enemigos. Los persigue en su conciencia, en sus di-

gestiones, en su alcoba: los entrega desnudos hasta de la piel á la maldicion de los siglos. Poco le importa que sean hombres ó mujeres, jóvenes ó viejos, reyes ó bufones. No hay en él la majestad del juez, sino la violencia del verdugo. Michelet no juzga, Michelet ajusticia. La historia no es un proceso sereno; es un hierro candente. Se goza en clavarlo sobre las carnes de sus enemigos, y en revolverlo en el fondo de la entreabierta herida. Este ardor para el combate le quita serenidad para el juicio. No es su obra aquella profundísima obra de Macaulay, de la cual puede decirse que la pasion está ausente; es una obra de polémica, es un argumento, es un golpe, es un folleto, á veces un libelo. Pero ¡qué relieve en los personajes! ¡Qué arte para desarrollar las escenas! ¡Qué animacion! ¡Qué vida! Cómo vienen la naturaleza y la ciencia, la una á derramar su soplo y la otra á derramar su luz en el móvil cuadro de la historia. Cómo el desarrollo de la literatura se mezcla al desarrollo de los hechos. Su reciente libro encierra los últimos dias del reinado de Luis XV y los primeros dias del reinado de Luis XVI. Ningun período se presta como éste á su manera de escribir la historia. Los actores se llaman el rey filósofo Federico; el filósofo casi rey, Voltaire; el escritor sentimental, siempre enfermo, Rousseau; la Emperatriz María Teresa, á quien los húngaros llaman *rex noster*; Catalina de Rusia, la obesa, la linfática, la monstruosa: Semíramis y Mesalina á un mismo tiempo; Luis décimo-quinto

en la última fase de su vida y en la última corrupcion de sus placeres; Luis décimo-sexto, bueno, piadoso, con más aptitudes de cerrajero que de rey; aleman por su madre y aleman por su corazon, conspirando inocentemente contra Francia; María Antonieta, á quien su última desgracia ha ceñido una corona que deslumbra; mas lijera, orgullosa, coqueta, amiga de placer, de historias un tanto licenciosas, de aventuras que sin llevarla hasta la corrupcion, la precipitaban en el descrédito tan natural en aquella córte de placeres, en aquella córte majestuosísima de Versalles, en aquellos bucólicos campos de Trianon, tras los cuales fulguraba ya como el volcan en las voluptuosas comarcas napolitanas, la tonante palabra de Mirabeau, que debia abrasar un mundo.

V.

Conocidas las cualidades de historiador que tiene Michelet, dejamos á la consideracion de nuestros lectores examinar de qué maravillosa suerte las desarrollará en su libro. Se percibe el hedor del cadáver de Luis XV, podrido en su vejez por la viruela. El retrato de la Dubarry es perfecto en el estilo, aunque la favorece un poco en el colorido que le presta y en el dibujo con que le revela. Ni su vida ni su muerte merecieron las tintas con que las ha pintado Michelet. Las intrigas de la córte están presentadas con un órden admirable y con un interés siempre creciente. Se

vé que Choissell es el ministro más de Austria que de Francia. Se descubren las grandes ideas que ha acariciado el estóico Turgot, y cómo, al plantearlas, choca con las preocupaciones de las córtes y con los dispendios de los reyes, y al chocar en esto, verdaderamente estrella la corona, cuando era el único poderoso á salvarla. Se sigue con grande interés el influjo de su hija sobre Luis XVI, modelo de maridos, pero no modelo de reyes, pues por satisfacer á su mujer, sacrifica la dignidad de Francia, pagando con dinero francés en dias de ahogos para el Tesoro las deudas de Austria con Holanda. Poco á poco una inmensa impopularidad se condensa en torno de la cabeza de la Reina. El nombre odioso de "la Austriaca" es como su primer sentencia de muerte. Esta impopularidad va agravada por los caprichos de la Reina. Primero obliga al Rey á que le compre Saint Cloud y gaste en tal juguete veinte y cinco millones de francos. Despues, por no dejar salir de Francia unos ricos diamantes, se enreda en los hilos del famoso collar de la Reina, que la ahogaron para siempre en el ánimo de Francia. Está admirablemente contado el episodio del collar. Se vé á la pobre descendiente de los reyes de Francia, siempre desgraciada, ir á palacio en la pobreza; entrar en las confidencias de la Reina; prestarse á las intrigas del gran limosnero; comprar el collar y no pagarlo; ir luego á la Consergería, y de la Consergería al Parlamento, y del Parlamento á la prision de San Lázaro, para recibir en sus delicadas car-

nes el hierro encendido infamante, contra el cual se retuercen á un tiempo su cuerpo y su conciencia; evadirse y correr como una fiera hidrófoba los campos, y los bosques, y las montañas; refugiarse en Lóndres para ir á morir asesinada en una bohardilla, maldiciendo el momento fatal en que pudo ser lo que tanto habia deseado, amiga de la Reina. Miéntras tanto, vienen los dos grandes acontecimientos del siglo: la fundacion de la República americana, cuyo decálogo de derechos habia de resonar en la noche del 4 de agosto de 1789; y la enemistad con Inglaterra, que habia de llegar hasta los campos de Waterloo. Se vé á la Francia enamorarse instintivamente de los Estados Unidos. Un farsante, Beaumarchais, el autor del *Fígaro*, provee de armas á los insurrectos; un noble, Lafayette, va á abrir con su espada caballeresca el surco para fundar la República en América. Voltaire y Franklin se han visto; el pensamiento y la accion, el filósofo y el ciudadano; dos revoluciones. Miéntras tanto, Mirabeau está encerrado en el sombrío castillo de Vincennes por mandato de su propio padre y por una órden secreta del Rey. Allí acaricia este leon de la tribuna sus pensamientos; allí condensa en su palabra la revolucion. Su voz será como el rayo, su figura será una figura monstruosa, algo de Júpiter y de Vulcano, los piés de arcilla y la cabeza de oro; el corazon metido en todos los vicios de lo pasado y el pensamiento vagando por todos los horizontes de lo porvenir. No podemos emplear más tiempo en la evocacion de todos los per-

sonajes retratados por Michelet. ¡Qué grande y extraordinario artista! No escribe, esculpe. Su pluma es un cincel. Su palabra es un relámpago. Las ideas truenan con todo el fragor de las tempestades de nuestro siglo. Los grandes personajes que evoca, parecen todos grabados en la memoria humana por las chispas del rayo.

Conociendo á estos dos historiadores, conoceis algo más que una época, conoceis la humanidad en este nuestro siglo. Todas las dudas que nos asaltan, pasan por sus cerebros. Todas las esperanzas que nos mecen, suben á sus corazones. Son sus inteligencias como los termómetros que miden el calor del espíritu de nuestro tiempo. Así puede decirse que en ellos se conoce el siglo XIX; en ellos se refleja su conciencia.

LA ACTRIZ GEORGES,

EL PINTOR INGRES Y EL FILOSOFO COUSIN.

La actriz Georges,

El pintor Ingres y el filósofo Cousin.

¿ Por qué reuno estos tres bocetos en mi galería de retratos contemporáneos ? Porque los ha reunido casi á un tiempo la muerte en el mismo cementerio. Los tres representaban tres facetas del brillantísimo espíritu moderno. Los tres murieron, y llegaron al puerto del sepulcro en el mismo mes de enero de 1867. Alguna relacion hay entre ellos. La actriz representa el teatro romántico, el pintor la pintura clásica y el filósofo la filosofía eléctica. ¿ Por qué habian muerto los tres á un tiempo ?

La muerte, esa reina que tiene por trono el abismo, por cetro el tiempo y por manto las tinieblas, extiende su mano huesosa, su mano de esqueleto sobre el

cuyos versos tímidos, tristes creaciones de una imaginacion calenturienta por la fiebre de la tísis moral, como que mecen las ramas del sáuce plantado ante su tumba; allí Bellini, el ángel de la melodía, que pasó un instante por la tierra, para dejarle al amor la expresion de sus tristezas infinitas en cadencias que no se perderán sino cuando se pierda la voz humana; allí Fourier, que escucha atento el venidero dia, en que la tierra sacudirá la capa de plomo del mal, y regenerada, entrará en la armonía universal, y á un beso suyo dado á los espacios eternos, se llenarán los cielos de nuevos astros de varios colores y matices, como se llenan los campos helados del invierno, al besarlos la primavera, de varias floresy de pintadas mariposas; allí, en una misma tumba, gótica como la Edad Media de que fueron hijos, el hombre del pensamiento y la mujer del amor, el profeta de la libertad y la profetisa de la naturaleza, Abelardo y Eloisa, cuyos huesos se confunden en la tierra, como sus almas en la eternidad, como sus nombres en las lenguas, como sus recuerdos en la historia. Pues bien: allí han ido tambien á reposar la actriz romántica, Mademoiselle Georges; el pintor clásico, Mr. Ingres, y el filósofo ecléctico, Mr. Cousin, todos muertos en el mes de enero. Contemplémoslos un instante, porque sus recuerdos son de esos que brillan, como los fuegos fátuos si quereis, pero que brillan sobre las tumbas, rompiendo un poco la uniforme igualdad de la muerte.

Era gran tiempo aquél de la escuela romántica; ya

lo he dicho y no me cansaré de repetirlo. El espíritu convencido se parece á los viejos experimentados en que repite muchas veces las mismas cosas. Y áun así no se aprenden. Mdlle. Georges nació pocos años ántes de la revolucion; creo que allá por el 1786. Nació y creó la revolucion; y su alma se templó en aquellas tragedias de la sociedad para representar más tarde las tragedias del teatro. En 1802 obtuvo del Conservatorio el permiso para entrar en el Teatro francés. Su belleza extraordinaria, su actitud igual á su belleza, la majestad de su accion, la sonoridad de su voz, el centellear de sus ojos, la nitidez de su pronunciacion, y sobre todo y ántes que todo, la sensibilidad de su alma la hicieron bien pronto la heroina del teatro, donde respiró aplausos y pisó coronas. Es difícil á estas almas, poseidas por el amor de la gloria, renunciar á la gloria del amor. Un dia la jóven actriz desapareció de Paris. Se dijo que habia sido víctima de un rapto; pero luego se averiguó que en aquél rapto era más que víctima, cómplice. Ya en el extranjero, tocóle representar una tragedia delante de Napoleon y de los emperadores coligados un momento sobre las ruinas humeantes de cien mil pueblos, sobre los cadáveres todavía calientes de un millon de hombres. El Emperador Alejandro le regaló en esta ocasion una corona de oro y de brillantes. Napoleon dió muchas veces la señal de los aplausos; Napoleón, que enseñaba actitudes de actor al mismo Talma, pues si era el emperador un grande héroe en Jena,

encerrado en su redingote gris y bajo su sombrero de tres picos, era un gran farsante en las Tullerías, envuelto en su manto bordado de abejas, bajo su corona de áureos laureles. Los reyes del parterre, á las señales de Napoleon, aplaudían á la reina del teatro. Bebian á grandes tragos la amarga copa de sus humillaciones. Poco tiempo despues, todo habia cambiado. El dueño del mundo yacía en una roca, sin más compañeros que sus remordimientos, los cuales se ensañaban en su alma como los buitres en un cadáver; y el oceano inmenso, que le cantaba con siniestros rumores el *De profundis* de anticipados funerales. Los prusianos, los ingleses, los rusos, se hallaban en Paris como conquistadores. La actriz se presentó en el Teatro á representar delante de Alejandro de Rusia vencedor, la misma tragedia que habia representado delante de Alejandro de Rusia humillado. No llevaba la corona. La habia vendido para socorrer los franceses que cayeron heridos rechazando la invasion. Esta mujer extraordinaria creó papeles extraordinarios, y puede decirse que es como la cariátide sobre cuyos hombros descansó durante sus mejores dias el Teatro Romántico. Víctor Hugo habia compuesto un gran drama, al cual dió el nombre de *Una cena en Ferrara*. Mademoiselle Georges le rogó que mudara el título y que pusiera *Lucrecia Borgia*. Y representó este drama verdaderamente grandioso. Yo no la he visto en el Teatro, pero he oido á muchos que la recuerdan en *Lucrecia Borgia*, hermosísima, resucitando en sus fac-

ciones aquella mezcla de la palidez mate valenciana con el fuego italiano de que nos han hablado poetas como Bembo; aquél traje de terciopelo recamado de encajes y sembrado de brillantes en que la retrataron los pintores venecianos; aquella voluptuosidad infinita de sus orgías de Ferrara y de sus bailes de Venecia; aquella poderosa inteligencia que sostenía el Renacimiento, que escavaba las ruinas para encontrar las estátuas, restos de lo pasado, y que asistía al taller de Aldo Mauncio para ayudarle á perfeccionar la imprenta, máquina del porvenir, aquella ferocidad insaciable con que sacrificaba los mejores hijos de Italia á sus venganzas; aquella pasion de madre que se encuentra como una gota de miel en su alma venenosa, y que la lleva á la única regeneracion por el dolor y por el martirio, que como el fuego, consume las impurezas de la vida, y áun levanta una llama que ilumina á la tierra y se pierde en la inmensidad de los cielos. Pero la actriz que vivió entre los homenajes de los hombres, ha ido al cementerio en triste soledad. Ni siquiera Genaro, es decir, Federico Lemaitre, la ha acompañado. Preguntábale yo por estos dias á un artista francés por qué Federico Lemaitre no se presenta hoy en las tablas. Y ¿para qué? me contestaba. ¿Donde están aquellos grandes papeles que él sólo sabia representar? ¿Dónde están aquellas pasiones para las cuales creó Dios su voz, como el trueno para el rayo? Los dramas de Víctor Hugo no se pueden representar en Paris. La administracion ha decidido que se los

destierre del Teatro, como se ha desterrado al autor de Francia. Dejadlos; todos están muertos. Confieso que se me oprimia el corazon. ¿Cómo ha de ser? Digamos tristemente: los dioses se van.

Tambien murió en enero de 1867 un gran pintor. Los franceses no son tan grandes pintores como los holandeses, los alemanes, y sobre todo, los italianos y los españoles. Yo no conozco época alguna en que la pintura francesa no sea imitadora, y en su imitacion, amanerada. El Pusino fué á Roma y estudio sus bajos relieves; pero no resucitó un mundo, lo copió. Los pintores del siglo de Luis XIV forman una grande academia de dibujo; pero no forman una grande escuela de pintura. La imitacion de lo antiguo es tan servil, que no brota nunca de sus pinceles el color de los colores. la propia inspiracion. David, el gran David, aquél pintor de la revolucion, llevó al arte el espíritu de su tiempo, la imitacion de lo antiguo. Cuando Robespierre hablaba en sus discursos más de Roma que de Francia, no era mucho que David pintase en sus cuadros más romanos que franceses. Y esta imitacion de lo antiguo tiene un grande escollo para los pintores. La antigüedad griega y romana es esencialmente escultórica. La Grecia deja en el mundo con su cincel realizado el bello ideal de la hermosura plástica, la perfeccion absoluta de la forma humana, del organismo humano, del cuerpo, la obra más bella de la naturaleza. Esta nacion se halló preocupada durante toda su vida de cincelar, de hermo-

sear el cuerpo humano. Por eso los siglos se han sucedido á los siglos, y la estátua griega se ha levantado siempre en el mar de las edades, como el tipo de la hermosura plástica, jamás superada por los escultores modernos. La armonía, la gracia, la serenidad olímpica, el reposo, éstas son las cualidades esenciales de la escultura antigua, y éstas sus cualidades esencialmente escultóricas. La pintura es otro arte, un arte más espiritual, que trata de expresar lo íntimo, lo profundo de nuestro sér, el dolor, la alegría, las pasiones, las ideas, los arrebatos de amor, los arrobamientos de la religion. La escultura es una fisiología, la pintura una psicología. La escultura tiene por tipo el cuerpo, la pintura tiene por tipo el alma. El escultor que se preocupa más de la idea que de la forma, no esculpe, pinta. El pintor que se preocupa más de la forma que de la idea, no pinta, esculpe. Y la idea se halla en los toques del pincel, en las tintas, en el colorido. que son como los reflejos del espíritu, en la expresion, sobre todo, en esa maravillosísima condensacion del alma, de la idea sobre un lienzo. Se me hablará de Rafael, el pintor esencialmente clásico. Yo tengo por Rafael un culto. Yo creo que aquél niño sublime ha sido el génio-tipo del arte, como Sócrates fué el génio-tipo de la filosofía, como Cristo fué el génio-tipo de la moral. Yo creo que en su alma se reunieron dos mundos que estaban divididos hacía quince siglos. Yo creo que él sólo habia hecho algo de lo que entrevió Platon, de lo que soñó Virgilio, de lo que intentó

el Dante: encerrar la idea religiosa del Oriente, el espíritu del Cristianismo eterno, en la forma plástica de Grecia, en la expresion del arte eterno. Cuando la Edad Media se acaba, y los castillos feudales saltan en pedazos á impulsos de la pólvora, el trueno y el rayo en las manos del pueblo; cuando por la brújula toma el hombre posesion del oceano, y por la imprenta posesion del tiempo; cuando surge la América, trayendo en sus bosques inexplorados y vírgenes, en su naturaleza exhuberante, en sus espléndidos cielos algo de la vida inmaculada que la poesía y la religion pusieran siempre en un paraíso perdido; allá, entre las academias platónicas de Florencia y los coros de los artistas de Roma; en medio de las grandiosas escavaciones del mundo antiguo y al pié de los altares del mundo moderno, nace un niño misterioso, cuya hermosura tiene, por lo perfecta, algo de los dioses de Fidias, y por lo mística, algo de los ángeles del Giotto; un niño, cuya alma desciende á un tiempo de Homero, de Virgilio, de San Bernardo y de San Francisco de Asis; el Platon de la pintura, que ha leido á un tiempo y con igual religiosidad el Fedon y el Evangelio; que cae de rodillas sobre las columnas destrozadas del Foro y ante los altares de San Pedro, trazando con pincel mojado en el iris de la inmortal inspiracion, aquellas Vírgenes, que de las tablas pasan á la conciencia humana, para quedar como el tipo del Renacimiento, como la union de la musa griega y la musa cristiana, como las nupcias de la idea y de la

forma, como la reconciliacion de todos los tiempos, como la eterna expresion de la hermosura y del arte. Rafael es el mayor dibujante de los tiempos modérnos, el que traza las formas perfectas, y á pesar de su colorido, el mayor pintor de los tiempos modernos, el que acierta con la expresion perfecta. Si á Rafael se le alzára un templo, como se acostumbraba en la antigüedad con los génios extraordinarios, yo no pertenecería á sus sacerdotes, porque soy profano al divino arte; pero me confundiría en la muchedumbre de sus adoradores. Y sin embargo, tengo para mí que si fuera pintor, lo estudiaria, me empaparía en su génio; pero no lo imitaría: porque toda imitacion es un reflejo, y todo reflejo inferior á los propios resplandores. Y con lo que dicho llevo, casi he trazado mi juicio sobre el pintor que llora Francia como una pérdida nacional; casi he escrito el juicio de Ingres. Nacido en Montauban pocos años ántes de la revolucion, creció en aquella época de las grandes emociones. David fué su maestro; pero David profetizaba que nunca sería pintor Ingres. Ganó el premio para estudiar en Roma, y se detuvo en Paris por no tener dinero el Estado para pagarle su viaje. Cuando pudo ir á Roma, se enamoró de la antigüedad y de su más ilustre representante, de Rafael. Su adoracion le llevó á imitarle, y su imitacion á fundar una escuela de pintores *rafaelistas* Vuelto á Francia, encontró una oposicion tan grande, y unos tan implacables enemigos, que se desterró voluntariamente, yendo á perderse en

las ruinas de Italia. La desgracia lo unió más fuertemente con la cáusa artística que habia abrazado en su alma. Trazó un cuadro, el voto de Luis XIII, para una capilla, y este cuadro rafaeliano fué su rehabilitacion. Entónces volvió á Francia, donde se vió alabado, enriquecido, lisonjeado y hecho Senador. Yo he visto algunos de sus cuadros. Gran dibujante, mediano colorista, imitador de la antigüedad, compositor de los que agrupan con grande arte las figuras, artista de los que concluyen por extremo los cuadros, haciéndoles degenerar un poco en relamidos. Sus figuras parecen recortadas, porque están determinados y señaladísimos los contornos. Allí no hay atmósfera; no hay ese aire de vida que circula por los cuadros de Velazquez y de Murillo, y en los cuales parece como que respiran y viven las figuras. Aunque la encarnacion es magistral, aunque es maravilloso el desnudo por esta falta de aire, de atmósfera que hay en sus cuadros, me parece que los personajes se hallan bajo una máquina pneumática. Yo he visto de sus obras la apoteosis de Homero, la entrega de las llaves de la Iglesia á San Pedro, Angélica perseguida por un mónstruo y salvada por Roger, Cherubini coronado por la musa de la armonía. En el primer cuadro, Homero está sentado á la entrada de un templo, centellando de sus ojos vacíos la luz divina del génio; un ángel le corona en representacion del Universo maravillado; la Iliada y la Odisea, en forma de dos hermosísimas jóvenes griegas, están sentadas á sus piés, la una en la

actitud del heroismo, y la otra con los instrumentos del trabajo; los mayores poetas de todos los tiempos y países se acercan á ofrecer al Dios de la poesía las primicias de su génio. El cuadro de la entrega de las llaves de la Iglesia á Pedro es un cuadro rafaeliano; hay una cabeza del Salvador, que parece arancada á los cuadros del Vaticano, y una María, que parece arrancada al Pasmo de Sicilia. El retrato de Cherubini es admirable, aunque esté mal pintada la Musa que lo corona. En el cuadro de Angélica hay un perfecto estudio del desnudo. La hermosa heroina del Ariosto se halla colgada de los brazos en oscuro peñasco. Olas verdi-negras se estrellan á sus piés. En ellas coletea un mónstruo que va á devorarla. Roger, caballero en un hipógrifo, la salva. Hay una grande hermosura en Angélica, pero hay una grande impasibilidad. Ingres ha llegado á alcanzar á Rafael en todo lo que puede alcanzarse por el estudio. Pero Ingres no ha depositado en sus figuras el fuego con que las animaba la inspiracion divina del pintor de Urbino. Ingres me parece un maestro, pero no me parece un génio. Hay en el museo del Luxemburgo, frente á frente de los cuadros de Ingres, una coleccion magnífica de cuadros de Delacroix; una boda judía, de animacion incomparable, sobre todo en varias hebreas que danzan; un mirador árabe, donde tres mujeres argelinas descansan ó fuman, destellando luz de sus negros ojos, voluptuosidad infinita de los rosados lábios y de las mejillas, que trasparentan la sangre de

sus cuerpos y el fuego de sus almas; un Virgilio coronado de laurel, sereno como la inmortalidad, que conduce, al través de caliginosa atmósfera, sobre revueltas olas de hiel, donde se retuercen y se muerden á sí mismos espantosos condenados, al Dante, en cuya frente rugosa, en cuyos ojos siniestros, en cuyos lábios vibrantes se leen los incandescentes tercetos del *Infierno*; un génio de la libertad, en la forma de una casta doncella, que agitando en sus manos la bandera de la revolucion, guia al pueblo, compuesto de todas las clases, animado por todos los furores, de tal suerte, que no solamente se vé, sino que tambien se oye el combate; y por último, un cuadro que arranca lágrigrimas, que es una de las grandes escenas de la tragedia humana: las matanzas de los pobres griegos por los turcos, campos devastados, sol rojizo, verdugos hombres que se ceban en un pueblo; el viejo patriota griego, que estrecha contra su corazon á sus nietezuelos; el jóven tostado por las inclemencias del cielo y por el fuego del combate, que cae sobre la arena herido al lado de su esposa, con la esperanza de morir á ella unido y á esa otra esposa que se llama la pátria tierra; una pobre mujer, pálida, agonizando, que lanza el último suspiro, y sobre cuyo seno lívido aprieta á su pequeñuelo, que chupa hambriento los pezones de sus frios pechos; las ideas, las esperanzas, las grandezas, las uchas, los dolores, las elegías, las tragedias de nuestro tiempo, todo envuelto en una atmósfera de inspiracion, é iluminado por esos resplandores de verdad

concedidos sólo á los grandes artistas que personifican su época.

Y voy á hablar de otro muerto, de Mr. Cousin. Yo amo sobre todas las ciencias la filosofía, porque creo que abraza y contiene en sí todas las ideas, como Dios abraza y contiene en sí todas las cosas. Yo creo que á una série de ideas, las más abstractas y las más sublimes, grabadas en la conciencia, sucede otra série de reformas, las más saludables y las más prácticas, grabadas en la sociedad. Yo creo el profundísimo dicho de que la historia de la filosofía es la filosofía de la historia. Con estudiar las corrientes de los pensamientos científicos, estudiamos las corrientes de hechos históricos. El filósofo podrá ser aniquilado por su tiempo, que no lo comprenda, pero de su idea se alimentarán muchas generaciones. Mas para llegar á ejercer tan alto ministerio, necesita el filósofo ser independiente. Sócrates se emancipó de los dioses de su pátria, Abelardo de los maestros de su convento, Descartes de la experiencia de su tiempo, de su vida, Kant hasta del mundo exterior en que vivia. Por eso Sócrates será siempre el fundador de la filosofía antigua, y Abelardo el fundador de la filosofía de la Edad Media, y Descartes el fundador de la filosofía moderna, y Kant el fundador de la filosofía novísima. Pero un filósofo que se somete, ó bien á una preocupacion del espíritu, ó bien á un poder de la sociedad, no gustará nunca de los frutos quo guarda el árbol de la ciencia. Como en la moral lo primero que hay que

hacer es oir la voz de la propia conciencia, en filosofía lo primero que hay que hacer es oir la voz de la propia razon. Se conciben filósofos llenos de parásitos como los cínicos; pero no se conciben filósofos llenos de bordados como los eclécticos. Y el jefe de estos filósofos ha sido Mr. Cousin. Napoleon combatió á los idéologos porque no encontraron en su razon la teoría del despotismo. La restauracion los combatió porque tampoco encontraban la teoría de la legitimidad. Luis Felipe los corrompió, y le encontraron la teoría del doctrinarismo. Mr. Cousin tuvo el grande hallazgo de esta piedra filosofal, con la que hacían tranquilas las digestiones los *epiciers* de todos los barrios de Paris, y desde los capitanes hasta los sargentos de la guardia nacional, miéntras el rey ciudadano llenaba con su lista civil y los despojos de los Condes su casa como una hormiguita, y Mr. Guizot, el austero protestante, corrompia á los electores con su podrida política. La Locusta de estos Neroncillos de Boulevard, el envenenador por excelencia de la juventud, era Mr. Cousin. Cierto dia se presentaba delante de él un jóven español, un filósofo que regresaba de Alemania y que más tarde habia de ejercer una poderosa influencia en su pátria. Este jóven quiso ver á Mr. Cousin, y le vió. Mr. Cousin le dijo: "Yo creo que hay una filosofía para cada sistema político. Si usted quiere filosofía para un gobierno absoluto, escoja á Bonald; si para un gobierno republicano, Destut-Fracy; y si para un gobierno parlamentario, escójame

V. á mí." ¡La verdad que Platon veia en Dios, la verdad anterior á todos los tiempos, más grande que todos los espacios, sometida á las formas transitorias de la política y del gobierno! Esto hacía Cousin, que entre sus méritos, contaba el haber traducido admirablemente el divino Platon, aquel génio que veia en el alma la inmortalidad, y en lo infinito los eternos arquetivos de estas dos corrientes de la vida, que se llaman las ideas y las cosas. Así como todo lo que es artificial, como todo lo que es contingente, es transitorio, la filosofía de Cousin murió bien pronto. Antes que el filósofo fué enterrada la filosofía. Una ciencia que suele ser alimento de muchos siglos, vivió ménos que un hombre, este insectillo de un dia. El huracan de 1848, que mató la monarquía de Luis Felipe, mató tambien la filosofía de Cousin. El rey descendió de su trono entre el desprecio del pueblo, y el filósofo de su cátedra entre el olvido de la juventud. Y los romanos, y los bárbaros, y los turcos han tomado la Grecia y no han herido la filosofía de Platon. Y unas cuantas piedras de unas barricadas bastaron á matar la filosofía de Cousin. Como Schelling en Alemania, Cousin en Francia se hacía el deista y el cristiano. Pero como Schelling, cuando llamaba á sus discípulos á comulgar, en vez de hostias, les daba obleas envenenadas. Se cuenta que ofreció á sus secretarios todas las mañanas una taza de chocolate hirviendo. Naturalmente, no lo podian llevar á los lábios. Pero ántes de que la enfriasen, los criados la quitaban, y la volvian

de nuevo humeante é hirviente. Así ha hecho con los jóvenes. Les ha llevado ideas, pero no ha dejado que las tragaran, es decir, que las sistematizáran. Pocos escritores modernos han manejado mejor el francés. Pocos hombres han nacido con más aptitudes para escribir una magnífica historia de la filosofía. Ningun filósofo moderno ha sido tan orador como Mr. Cousin; ninguno tan literato. Al cabo de sus dias, este hombre, que tanto habia cónocido la prostitucion del espíritu, se dió á escribir la vida de algunas damas galantes del gran siglo décimo séptimo, que al fin, quizá sólo habian prostituido su cuerpo. Cuentan que ahora asistía á las conferencias del Padre Jacinto y á las comuniones de Nuestra Señora. Otra relacion mas con las damas que historiaba: la orgía en la juventud y el convento en la vejez. Descanse en paz Mr. Cousin. Y al morirse un filósofo así, tal vez se ha muerto el primer filósofo de Francia.

PARIS, FEBRERO DE 1868.

FIN DEL TOMO X^o Y ULTIMO DE LA PRIMERA SERIE.